

POLITICA Y ESPIRITU

R87 44
N°
87

SUMARIO

EL PERSONALISMO, LOS PARTIDOS Y LA DEMOCRACIA.

ANTECEDENTES PARA UNA POLITICA EXTERIOR CHILENA, por *Alejandro Magnet*.

EL LABORISMO BRITANICO DESPUES DE 1945, SUS REALIZACIONES Y SU PORVENIR, por *G. H. Cole*.

HACIA UNA CIVILIZACION DEL TRABAJO, por *Gabriel Valdés Subercaseaux*.

POLITICA NACIONAL: Despido de un Ministro. — Cambio de rumbos. — La lista única ibañista. — Más actividad gubernativa. — Las elecciones y la crisis política chilena.

POLITICA INTERNACIONAL: El significado del rearme alemán. — Guerra preventiva, no. Roll back si. — Bases para negociar con Rusia. — Las Conferencias de Arica.

ESTE MUNDO DE HOY: Agitación del campesinado en Molina. — Una reacción típica. — ¡No hay esperanza!

LOS LIBROS: "Los demás", de *Luis A. Heiremans*. — "Bárbara Fidele", de *José Ricardo Morales*.

DOCUMENTOS: LA UNION ADUANERA CON BOLIVIA, por *Alberto Edwards*.

AÑO
IX

3966

15 de FEBRERO de 1953

— NOVEDADES Y REPOSICIONES —

—EL PENSAMIENTO ACTUAL —

Eduardo Frei: <i>La Política y el Espíritu</i>	\$ 150
Máximo Pacheco: <i>Política, Economía y Cristianismo</i>	150
Julio Silva: <i>A Través del Marxismo</i>	150
Eduardo Frei: <i>Sentido y Forma de una Política</i>	150

— CUESTIONES ECONOMICAS Y SOCIALES —

Francisco Pinto: <i>Seguridad Social Chilena</i>	130
Alberto Hurtado: <i>Sindicalismo. Historia, teoría, práctica</i>	170
Aníbal Pinto: <i>Finanzas Públicas, mitos y realidades</i>	180
Id. y otros: <i>La Inflación</i>	180
Carlos A. Vial: <i>Cuaderno de Comprensión Social, Cuaderno de la Realidad Nacional</i>	220

— LA HISTORIA Y LA POLITICA —

Fco. J. Díaz: <i>La Batalla de Maipú</i>	110
Ricardo Boizard: <i>Voces de la Política, el Púlpito y la Calle</i>	100
Oscar Pinochet: <i>La Antártica Chilena</i>	200
Alejandro Silva: <i>Una Experiencia Social Cristiana</i>	130
L. Sánchez Salazar: <i>Así Asesinaron a Trozki</i>	180
Carlos Dávila: <i>Nosotros, los de las Américas</i>	220
Alberto Edwards: <i>La Fronda Aristocrática</i>	250
Ricardo Cruz Coke: <i>Geografía Electoral de Chile</i>	150

— LAS IDEAS FUNDAMENTALES —

Fernando Cifuentes: <i>Doctrina Sacramental de Santo Tomás</i>	130
Carlos Hamilton: <i>Introducción a la Filosofía Social</i>	220

— COLECCION DE AUTORES CHILENOS —

José T. Medina: <i>Ensayos</i>	150
Daniel Riquelme: <i>Bajo la Tenda</i>	180

— LOS NOVELISTAS DE HOY —

Gilbert Cesbron: <i>Los Santos van al Infierno</i>	250
--	-----

— VARIA LITERATURA —

Oscar Castro: <i>Llampo de Sangre</i>	200
Eduardo Blanco-Amor: <i>Chile a la Vista</i> (2ª edición)	250

— EL TERRIBLE DRAGON —

Marcela Paz: <i>Papelucho</i>	130
-------------------------------------	-----

— P O E S I A —

Pablo Neruda: <i>Dulce Patria</i>	170
Pedro Prado: <i>Antología</i> (Las Estancias del Amor)	140
Oscar Castro: <i>Antología</i>	160

— LA PINTURA —

Mario Carreño: <i>Antillanas</i>	200
Antonio R. Romera: <i>Camilo Mori</i>	200
Antonio R. Romera: <i>Historia de la Pintura Chilena</i>	250

COLECCION "ESTUDIOS SOCIALES"

Mons. Manuel Larrain: <i>Acción Católica y Realidades Modernas</i>	30
Humberto Muñoz: <i>El Movimiento de Antigonish</i>	30
Kay Thompson: <i>La Técnica de las Cooperativas de Consumo</i>	30
Carlos Naudon: <i>El Pensamiento Social de Maritain</i>	50
Mons. Manuel Larrain: <i>Redención Proletaria</i>	20
Cardenal Suhard: <i>¿Crecer o declinar de la Iglesia?</i>	35
Id.: <i>El Sentido de Dios</i>	30
<i>Código Social de Malinas</i>	30

LIBRERIA DEL PACIFICO

Ahumada 57 — Teléfono 89166 — Casilla 3126 — Santiago.

DESPACHOS CONTRA REEMBOLSO DESDE UN LIBRO

POLITICA Y ESPIRITU

Los hechos y las ideas

REVISTA QUINCENAL

Año IX

Nº 87

15 de Febrero de 1953

INDICE

El Personalismo, los Partidos y la Democracia	1
Antecedentes para una Política Exterior Chilena, por Alejandro Magnet	2
El Laborismo Británico después de 1945, sus Realizaciones y su Porvenir, por G. H. Cole	8
Hacia una Civilización del Trabajo, por Gabriel Valdés Subercaseaux	13
Política Nacional	17
Política Internacional	21
Este Mundo de Hoy	26
Los Libros	27
Documentos	28



REDACCION - ADMINISTRACION
Ahumada 57, Tel. 85011, Casilla 3126
Santiago de Chile

DIRECTOR:

Andrés Santa Cruz Serrano

SUBDIRECTOR:

Alejandro Magnet Pagueguy

REDACTOR-JEFE:

Jaime Castillo Velasco



Valor de la suscripción a 24 números: Chile, \$ 330.— Extranjero: US\$ 3.50.— Las suscripciones deben solicitarse a EDITORIAL DEL PACIFICO S. A., Casilla 3126.—Santiago de Chile. Impreso en Talleres de la Editorial Del Pacifico S. A.,
— San Francisco 116 —

EL PERSONALISMO, LOS PARTIDOS Y LA DEMOCRACIA

Ante las próximas elecciones de parlamentarios y regidores, que decidirán de la vida política del país en los años del futuro próximo, la opinión pública del país aparece profundamente desorientada. Y es natural, porque pocas veces habían concurrido tantos elementos de confusión en circunstancias tan decisivas.

Los partidos tradicionales, que hasta ahora habían organizado la opinión pública resultaron barridos hace unos meses. Más de 400.000 chilenos que han dado el triunfo a los actuales gobernantes y constituyen su respaldo político, no han demostrado hasta ahora capacidad para organizarse en torno a ideas y programas de realizaciones definidos. Todo lo contrario: además de los dos partidos más o menos estables que constituyeron el núcleo del ibañismo y que eran ya el fruto de segregaciones, ha proliferado una inaudita variedad de movimientos, todos los cuales reclaman la representación auténtica del llamado "espíritu del 4 de Septiembre". Esta incapacidad ha conducido ya a una cosa, que nunca se había visto en nuestra vida política: se quiere inducir al electorado a designar "un Parlamento para Ibañez".

Centrar la vida política de un pueblo en torno a un hombre, por respetable que sea, en vez de hacerlo en torno a principios doctrinarios y programas de acción pública es un funesto error, que puede conducir a desquiciamientos más graves aún. El personalismo es el comienzo de la destrucción de la democracia; es la antesala del caudillismo, de la montonera política y, finalmente de la dictadura. Las ideas no se matan y, por lo mismo, no pueden substituirse, dentro del régimen democrático, por lealtades declamatorias y movimientos místicos.

Una vez más debemos repetir que la subsistencia de los partidos políticos es esencial para el mantenimiento de nuestra democracia. En la situación actual cabe también una pesada responsabilidad a los que fueron derrotados el 4 de Septiembre. Esta derrota demostró un insospechado divorcio entre esos partidos y la opinión pública, y ante tal divorcio, los partidos parecen haber reaccionado no mediante una labor de rectificación de posiciones erradas y de eliminación de sus elementos corrompidos, sino adoptando una actitud pasiva o miedosa ante un gobierno cuya fortaleza real reside sólo en el hecho de representar un vasto anhelo nacional de limpieza y eficiencia. En la medida en que los partidos sepán asumir legítimamente esa representación podrán cobrar fuerzas para encauzar el mantenimiento de la democracia chilena, constituyéndose, a la vez, en órganos orientadores y en instrumentos del sentir nacional en momentos en que éste exige necesarios y duros reajustes.

ANTECEDENTES PARA UNA POLITICA EXTERIOR CHILENA

Por Alejandro MAGNET

La política exterior de un país debe estar al servicio de su política interior en tanto ésta provee a los medios de realizar el bien común nacional. Pero como todas y cada una de las naciones pertenecen a la comunidad internacional y, en forma de que el bien común de la comunidad internacional es inseparable del cada uno de sus miembros, y viceversa, resulta que hay entre ambas —política interior y política exterior, comunidad y nacional y comunidad internacional— una inevitable interacción dialéctica. Se trata, pues, de determinar qué política exterior debe seguir Chile para servir en mejor forma los intereses del pueblo chileno y los de la comunidad internacional, de manera de provocar en ésta progresos que beneficien en primer lugar a Chile.

En las actuales circunstancias históricas lo que aisladamente pueda hacer una pequeña nación de seis millones de habitantes es bien poca cosa, pero, paradójicamente, en el día de hoy no hay ni puede haber naciones aisladas. No sólo el avance técnico ha empequeñecido el mundo sino que ha creado condiciones que afectan por igual a gran número de pueblos estableciendo entre ellos una solidaridad real, que sienta las bases para una acción política común. Esto rige especialmente para el caso de Chile, cuya solidaridad histórica con las demás naciones latinoamericanas no tiene su origen sino sólo su refuerzo en la evolución operada en los últimos años. Ello obliga, por otra parte, a considerar el problema de la política exterior chilena más bien como incorporado a un problema latinoamericano general que como uno simplemente nacional. Este planteamiento latinoamericano es necesario no sólo para darle a las cosas su verdadero valor sino también para encarar la posibilidad de una solución. De allí, que, ante todo, Chile deba seguir una determinada política americanista.

Pero esta política americanista debe ser revisada a fondo. La tradicional ya no sirve en esta emergencia. La última guerra mundial y el progreso de la civilización técnica han determinado o acelerado un planteamiento político-internacional muy distinto del que hace sólo unos decenios parecía tan estable. En muchos respectos los hechos han evolucionado mucho más rápidamente que las ideas o que la imagen que corrientemente se tiene del mundo.

En especial, los cambios ocurridos en Sudamérica, junto a las mismas fronteras de Chile, han trastor-

nado por completo el panorama que se ofrecía a nuestros abuelos y, quizá, incluso, a nuestros padres. El relativo equilibrio de fuerzas que había entre Chile y sus vecinos, y, más particularmente, entre Chile y Argentina, se ha roto. Resulta casi doloroso ver cómo hace un siglo, por ejemplo, Alberdi ponía a Chile como modelo para su patria y formulaba esperanzas de que algún día Buenos Aires llegara a ser un puerto tan organizado como Valparaíso. Los seis millones de habitantes y la potencialidad económica de Chile cuentan poco, hoy por hoy frente al triple de habitantes y riqueza cuádruple o quíntuple de Argentina. Pese a la dolorosa sangría que significa la Defensa Nacional en el presupuesto nacional, resulta aventurado afirmar que las fuerzas armadas del país y su infraestructura económica le bastan por sí solas para garantizar la integridad de sus fronteras, tan difíciles de defender, por lo demás. Aparte de estos hechos, que se refieren a la posición peculiar de Chile y cuyas proyecciones necesitarían un desarrollo más amplio, hay necesidad de tener en cuenta ciertos antecedentes de orden más general, que condicionan, a su vez, el desarrollo de una política capaz de proveer a la seguridad actual y futura del país.

Para ser realista, dinámico y eficaz, es decir, para servir realmente los intereses americanos en general y chilenos en particular, un planteamiento político-internacional debe considerar los siguientes hechos y sus necesarias consecuencias.

* La división del globo en varios sectores que podrían mantenerse separada o independientemente unos de otros ya no es posible. Dentro del actual, que es un mundo, los "sistemas regionales", como el panamericano, ocupan una posición y tienen un papel muy distintos a los del pasado;

* Europa, o mejor dicho, los países europeos, han desaparecido por el momento al menos, como centro del poder mundial, y el antiguo foco de la civilización occidental se ha convertido en campo de lucha de dos poderes nuevos, no europeos: Estados Unidos y la URSS. El sistema panamericano tradicional presuponia la existencia de una Europa dominante en la política internacional;

* El llamado "mundo colonial", sujeto a Europa en los últimos cuatro siglos, ha desaparecido prácticamente en estos años. Desde el término de la guerra, en el Oriente Medio o Extremo, han surgido a

la vida política independiente, pueblos que cuentan más de 500 millones de habitantes. Semejante punto de referencia que antes no existía tiene que ser ahora necesariamente considerado:

* Los EE. UU. hasta hace 20 años apartados del juego político mundial y más o menos confinados a su "esfera americana" son ahora uno de los más grandes poderes económicos, militares y políticos de la Tierra; y su política internacional tiene que planearse a escala mundial, y dentro de ella el papel de los países latinoamericanos es mínimo.

Todo esto ha producido un completo trastorno del conjunto de circunstancias en que se basaba la estructura panamericana elaborada hasta 1940. Todo el sistema tiene que ser reajustado. Por seguir funcionando sobre sus bases antiguas, el Panamericanismo ha pasado a ser un sistema no sólo inoperante sino beneficioso nada más que para uno de sus integrantes: los EE. UU., sin comportar ninguna ventaja compensatoria para el otro miembro: los países de la América Latina. Los dirigentes de éstos no han tenido ni la comprensión oportuna de los cambios ocurridos ni la decisión necesaria para desarrollar una política nueva, que hubiera sido de incalculables beneficios para sus pueblos. Esto no significa que el sistema tenga que ser necesariamente abandonado. Lo necesario es su reajuste a las circunstancias actuales. Estas, por una parte, dan la preeminencia, "priman", por decir así, la constitución de fuertes bloques de naciones capaces de constituir grandes mercados y erigirse en centros de poder político internacional y, por la otra, confieren a los Estados Unidos la categoría de mayor poder económico del planeta, con una fuerza gravitacional especialmente poderosa en el continente americano, en donde constituye el mayor poder comprador y el principal abastecedor de los productos, capitales y recursos técnicos que necesitan las repúblicas latinoamericanas. Esta situación de preeminencia se ve consolidada por el hecho del ya citado retroceso europeo y de la actual dependencia de esos países de la ayuda norteamericana. Todo ello abona el mantenimiento, en principio, del sistema interamericano. Si, como se verá más adelante, una progresiva unificación de los países de América Latina debe contemplarse como base de un reajuste interamericano, no podría esa unificación llevarse a cabo como un movimiento contra los EE. UU. Debe encontrarse una síntesis para las tendencias aparentemente divergentes del robustecimiento latinoamericano y la colaboración con los EE. UU. La incapacidad para elaborar esa síntesis, por parte de cualquiera de las dos Américas, tendría a la larga, para ambas, las peores consecuencias.

La estructura actual del sistema interamericano, su papel en la política mundial y su incidencia en el destino de cada uno de los pueblos que lo integran, quedó prácticamente determinada por el Pacto de Ayuda Mutua elaborado en 1947 en Río de Janeiro y ratificado posteriormente por casi todos los países latinoamericanos, Chile entre ellos. Hay una larga génesis histórica anterior que explica ese resultado, pero que no es del caso exponer aquí. El hecho es que dicho Pacto sacó a los países latinoamericanos de la esfera internacional americana en que hasta poco antes habían actuado y los dejó atados a la órbita de los EE. UU. convertidos ya en potencia mundial. En efecto: el tratado creó la solidaridad obligatoria de todos los países americanos y obliga a cada uno de éstos a ocurrir en defensa del que fuera objeto de una agresión no provocada que se produjere en cualquiera parte del mundo. En el hecho, semejante obligación juega sólo en favor de los EE. UU. e impone una pesada obligación eventual a los países latinoamericanos. ¿Qué reciben éstos en cambio? Fuera de la promesa del apoyo norteamericano en el caso hipotético de una agresión extra-americana o del no mucho más probable de un ataque de un país del propio continente, nada. Los EE. UU., sí, pueden contar con el apoyo diplomático o efectivo de las demás repúblicas de América en el supuesto hartamente más probable de que sean ellos los agredidos en *cualquiera parte* del mundo. Vista la falta de equivalencia entre las prestaciones a que se obligaban las partes, era lo razonable y justo que los países latinoamericanos obtuvieran en adecuada compensación los beneficios cuya consecución constituye el objeto de su participación en el sistema panamericano, a saber: a) La seguridad de la convivencia pacífica en América; b) El perfeccionamiento del régimen democrático en todos los países del continente; c) La asistencia financiera y técnica de los EE. UU. para el desarrollo de sus recursos y el establecimiento de precios equitativos y estables para las materias primas básicas de su economía; y d) El reconocimiento de las ventajas (y el consiguiente apoyo) de la formación de bloques regionales de países latinoamericanos de economías complementarias. Es contrapartida de lo que daban en el pacto de Río de Janeiro, los países de Latinoamérica pudieron obtener ventajas inapreciables, pero lo dieron todo a cambio de nada.

Por otra parte, el sistema panamericano en general, a pesar de todos los tratados que previenen los conflictos bélicos o establecen modos de solución pacífica de los diferendos internacionales no ha logra-

do crear las convenientes seguridades para el mantenimiento de la paz interlatinoamericana. Ello se refleja en el mantenimiento de ejércitos numerosos y costosos, que absorben una proporción inicua de las rentas de estos países pobres. Más de mil quinientos millones de dólares anuales se han estado gastando últimamente en el mantenimiento de los ejércitos latinoamericanos. Baste decir que en vísperas del estallido de la última gran guerra mundial, Latinoamérica contaba, en conjunto, con tres veces más soldados que los EE. UU. Sin embargo, hay que tener presente que estos ejércitos desmesurados no sólo existen como garantía contra una agresión exterior sino, principalmente, como sostén o exigencia de los regímenes políticos internos. (*) . Pues el sistema interamericano tampoco ha servido para tutelar el perfeccionamiento del régimen democrático sino, muchas veces, para amparar, bajo el principio de la no intervención, las más grotescas farsas políticas y, peor aún, el flagrante desconocimiento de los Derechos Humanos reconocidos por los países de Latinoamérica como miembros de las Naciones Unidas. Esos dos fracasos del sistema interamericano han reactuado agravándose mutuamente y contribuyendo al auge del militarismo y el caudillismo en nuestra América.

REIVINDICACIONES DE LOS PUEBLOS LATINOAMERICANOS

Durante la Conferencia de Cancilleres de Río de Janeiro, el Delegado cubano llegó a declarar que su país no firmaría el pacto de Ayuda Mutua si no se suscribía también un pacto de no agresión económica. Como tantos otros países del continente, Cuba, por su monoproducción, el azúcar, dependía para su subsistencia del mercado norteamericano y quería garantías. Durante cincuenta años, en las sucesivas Conferencias Panamericanas, las naciones de América Latina habían venido librando agrias batallas con los EE. UU. para obtener dos cosas: la que llamaban "continentalización" de la Doctrina Monroe, lo que significaba la garantía solidaria de los EE. UU. frente a cualquier agresión a cualquier país americano, y el reconocimiento del principio de la no-intervención, que inhibiría al gobierno de Washington de cualquiera intromisión en los asuntos internos de los países latinoamericanos. En Río de Janeiro se obtuvieron ambas cosas y los juristas pu-

(*) Si fuera por mantener una efectiva defensa latinoamericana, las fuerzas armadas de estos países deberían ser, ante todo, navales; y es evidente la insignificancia de las Marinas frente a los Ejércitos.

dieron vanagloriarse de que al cabo de medio siglo las doctrinas latinoamericanas obtenían una consagración panamericana. Era un triunfo no sólo tardío y absolutamente ilusorio sino la más inimaginable derrota política. La doctrina Monroe se "continentalizaba"—todos para uno y uno para todos— cuando ello podría servir primordialmente los intereses de los EE. UU. —como ya se ha visto— y se consagraba el principio de la intervención cuando el de la no-intervención ya no ofrecía el menor interés o utilidad para el gobierno de Washington. Cuando los EE. UU. no tenían el formidable poder económico de que ahora disponen, el presidente Teodoro Roosevelt o el presidente Wilson estaban interesados en mantener para su país la libertad de acción necesaria para desembarcar un regimiento de Infantería de Marina en Santo Domingo o Nicaragua, pero en las circunstancias de hoy puede ser mucho más efectivo —y en el hecho lo es, y es menos bullicioso— para ejercer presión sobre determinado gobierno bajar cinco centavos la cotización del estaño, el cobre o el petróleo, que desembarcar toda una división de *Marines*.

Así, pues, la actitud del Delegado cubano no sólo no encontró el apoyo suficiente sino que tampoco se hizo nada en Río de Janeiro para obtener las compensaciones que eran la contrapartida legítima a la inmensa ganancia que obtuvieron los norteamericanos y que hizo decir al senador Vandenberg que la Conferencia había sido *un éxito mil por ciento*.

Sin embargo, en el terreno político, y sobre todo en el internacional, aún las situaciones consagradas por tratados son dinámicas y evolucionan en forma que pueden hacer necesaria su revisión para lograr una nueva estabilización más acorde con las fuerzas e intereses reales que se encuentran en juego. La tensión que está creciendo en Latinoamérica exige, para la buena armonía interamericana y el mantenimiento de la paz social interna de estos países que se logre lo que no pudo establecerse en Río de Janeiro. Los "éxitos mil por ciento" pueden ser, a la larga, ruinosos, precisamente por demasiado buenos.

Los países latinoamericanos son, esencialmente, productores de materias primas no elaboradas, que exportan a las grandes potencias industriales, especialmente a los EE. UU., y cuyos precios son fijados, en el mercado internacional por esas mismas potencias, prácticamente sin ingerencia de los productores. Dada la gravitación de los EE. UU. en el mercado mundial y especialmente en este hemisferio, es inevitable que las reivindicaciones de Latinoamérica a este respecto se planteen, ante todo, frente a los EE. UU. Por lo demás, es éste país y no los de Europa, el que se ha comprometido ante las repúblicas

latinoamericanas a desarrollar una política de buena vecindad.

Por otra parte, las naciones de Centro y Sudamérica viven de la exportación de sólo uno, dos o tres productos, lo que hace sus economías extremadamente frágiles o vulnerables y las coloca en una situación de extrema dependencia, sin defensa ninguna frente a las consecuencias de una baja, de cualquiera de los escasos productos de cuya venta viven. El comercio exterior de los cinco principales países sudamericanos —Chile entre ellos— depende casi en un 80%, término medio, de la exportación de sólo dos o tres productos básicos, en cada caso. Hay que tener presente, además, que esos productos son extraídos —los minerales en especial— por empresas norteamericanas que no dejan en el país productor más que los costos de producción y la tributación más o menos alta que grava la exportación. El comercio de Latinoamérica con los EE. UU. y el monto de las inversiones latinoamericanas de los capitalistas norteamericanos han subido notablemente; con la primera guerra mundial éstas, y con la última guerra el comercio. Es así como, por término medio el comercio entre los EE. UU. y sus vecinos latinoamericanos se ha duplicado entre 1930 y 1950. En 1930, sólo el 22% de las importaciones norteamericanas provenían de Latinoamérica, y en 1950 la proporción se había elevado al 45%, y muchas de esas importaciones son de productos esenciales o de enorme importancia estratégica: petróleo de Venezuela, cobre de Chile, estaño y tungsteno de Bolivia, azúcar de Cuba. (*) Por otra parte, los países latinoamericanos que hace veinte años le compraban a EE. UU. el 30 ó 35% de sus importaciones, ahora les compran más del 50%. Hay países como los de Centroamérica, Colombia y Venezuela que hacen en los EE. UU. más del 80% de sus compras en el exterior, y, a su vez, las importaciones de Latinoamérica representan la cuarta parte de las ventas totales de los norteamericanos en el extranjero. Todos estos hechos señalan un aumento neto y progresivo de la interdependencia de las dos Américas. Si la nuestra necesita de los capitales y la técnica de la del Norte, ésta tiene una necesidad no menor de las materias primas latinoamericanas, sobre todo en una época como la presente, de tensión internacional en que la cercanía y seguridad de las fuentes de abastecimientos es indispensable, y respecto de productos que

en los EE. UU. existen en cantidades absolutamente insuficientes o están en vías de agotamiento. Sin embargo de esta circunstancia y del hecho de que las inversiones latinoamericanas son las que dan el mejor rendimiento a los EE. UU., la situación de nuestros países dentro de la economía mundial ha ido desmejorando paulatinamente y conduce a un empobrecimiento progresivo de nuestros pueblos. En la actual coyuntura han obrado concomitantemente dos circunstancias adversas: a) Las reservas de dólares acumuladas por Latinoamérica durante la última guerra (unos 3.000 millones en total, más o menos) se obtuvieron vendiendo materias primas al precio barato, de guerra, y se esfumaron en sólo un par de años en la compra de manufacturas caras y escasas, a precios de post-guerra. Vendiendo su cobre a un precio tres veces inferior al actual, en todo caso, muy inferior al real, Chile perdió —se calcula— casi 500 millones de dólares y como compensación tuvo que comprar después maquinarias casi al doble del precio de anteguerra; b) Por otra parte, dentro del actual período de la economía mundial, los precios de las manufacturas suben más rápidamente que los precios de las materias primas, lo que significa que a medida que corren los años, los pueblos como el nuestro tienen que trabajar y producir más para poder comprar la misma cantidad de productos importados. De acuerdo con los estudios realizados por las NN. UU., la capacidad de Latinoamérica para importar, en el período 1945-49, es un 22,1% mayor que la de 1925-29, pero como la población ha aumentado en el mismo lapso en un 44,3% resulta que la capacidad "per cápita" para importar ha disminuído, en realidad, en un 15,6%. Con relación a 1937 el volumen físico absoluto de las exportaciones ha aumentado en un 11%, pero considerando el aumento de población, la productividad exportable ha disminuído en verdad casi en un 12%. Esto significa que todos nuestros países, y Chile en especial, tienen que trabajar más para obtener la misma cantidad de productos importados que obtenían hace veinte años, lo que es mucho más grave en la etapa actual de la economía del país, en que gran parte de los bienes de capital que se necesitan —equipo industrial, por ejemplo— tiene que ser adquirido en el exterior. Sea como fuere, semejante pérdida real de renta es una verdadera sangría para el país y, en especial, para sus clases económicamente más débiles. La magnitud y gravedad del fenómeno más arriba indicado puede medirse por estas simples cifras: Durante el período 1920-1930, Chile exportó por valor de 3.856 millones de dólares, con una población de cuatro millones de habitantes, término medio. En el período 1942-1950, exportamos por valor de 1.880 millo-

(*) Latinoamérica abastece a los EE. UU. de los siguientes productos en la proporción que se indica: Café, 90%; Azúcar, 85%; Bauxita, 78%; Tungsteno, 70%; Estaño, 39%; Bismuto, 32%; Cobre y Plomo, 25%; Vanadio, Cromo y Manganeso, 20%.

nes de dólares, con una población, término medio, de 5,5 millones de habitantes.

Para compensar esta situación no se ha producido un mayor aporte de capitales a la economía nacional en forma de préstamos o créditos. Frente a los 500 millones de dólares de mayor valor adquisitivo que el país obtuvo en empréstitos, entre 1920 y 1930, no logró, entre 1942 y 1950 más que unos 120 millones de dólares. Estos hechos demuestran cómo la acción interna de cualquier gobierno chileno está condenada a moverse dentro de un verdadero marco de hierro que constriñe el desarrollo del país y lo hace extremadamente doloroso, al menos para esta generación. Por otra parte, dentro de una economía mundial en vertiginosa expansión, la chilena no tiene, proporcionalmente, un ritmo de crecimiento bastante para aumentar la importancia relativa del país. Las situaciones así creadas no tienen salida si no se plantea una acción internacional capaz de superar las actuales incógnitas limitaciones. Nunca como ahora, en toda la historia del país, el bienestar de sus habitantes y el destino de la nación habían dependido en tal forma de su política exterior. Este hecho tampoco calza dentro del esquema tradicional y así se tiende, naturalmente, a menospreciar su importancia, o a encararlo en forma errada. La exposición sobre política internacional del nuevo gobierno que no hace mucho hizo en el Senado el Ministro de Relaciones Exteriores no permite alentar muchas esperanzas.

¿QUE SE PUEDE HACER EN CONCRETO?

A) En la agenda para la próxima Conferencia Interamericana que debe reunirse en Caracas a fines del presente año no figura ningún punto relacionado con las materias anteriores y ello, por cierto, es sintomático de la inoperancia del sistema interamericano dentro del espíritu que actualmente lo anima.

Pero el acuerdo del Consejo de la Organización de Estados Americanos (OEA) que aprobó la mencionada agenda permite a los Estados miembros proponer la inclusión de otras materias. Estas proposiciones deben hacerse antes del próximo 30 de Abril. ¿Acaso sería imposible una declaración conjunta, con participación de Chile, para solicitar la inclusión en el temario de las diferentes materias de índole económica que constituyen el fondo del problema de las relaciones interamericanas y de la política exterior chilena?

B) La última Conferencia Interamericana, la celebrada en Bogotá y terminada tan exabrupto, se remitió una vez más a una Conferencia Económica In-

teramericana, que debió realizarse hace siete años, por acuerdo unánime de los miembros de la OEA y que aún no ha sido posible reunir. Una vez más, la Conferencia de Caracas podría remitirse a esta reunión fantasma. Es necesario que ella, de una vez por todas, se celebre. El cambio de gobierno de los Estados Unidos y la importancia que, aparentemente al menos, parece dar el señor Foster Dulles al continente americano dentro de la política global de su país, permiten esperar que tal iniciativa pueda tener algún nuevo éxito. Dicha Conferencia debería establecer un mecanismo para fijar precios equitativos a las materias primas que exportan las naciones latino americanas, por lo menos a EE. UU., y en especial con relación a las manufacturas que importan del mismo país. Al mismo tiempo, debería reglarse un conveniente y justa participación de cada país en el valor efectivo de su producción exportada. Siempre en líneas generales, semejantes acuerdos deberían completarse con otros sobre préstamos y créditos capaces de compensar el casi permanente déficit de la balanza de pagos latinoamericana respecto de Estados Unidos y de proveer a un mayor aprovechamiento y diversificación de los recursos naturales de estos países. Un acuerdo en este sentido es indispensable por cuanto los créditos concedidos hasta ahora por instituciones como el Eximbank o el Banco Internacional son absolutamente insuficientes y las inversiones privadas norteamericanas no han alcanzado el monto ni se han hecho en la forma más conveniente a una evolución favorable de la economía latinoamericana. Dichas inversiones se hacen casi exclusivamente en industrias extractivas, especialmente mineras, y de productos que tienen interés estratégico para los Estados Unidos, lo que contribuye al mantenimiento del sistema colonial y monoprodutor de Latinoamérica. Entre 1946 y 1949, los capitalistas norteamericanos invirtieron en todo el mundo 2.385 millones de dólares, y más de la mitad de esta suma, 1.301 millones, se destinó a la América Latina, pero nada más que en explotaciones petroleras, es decir en Venezuela, se invirtieron 962 millones, o sea el 74% del total del capital radicado entre esos años en nuestros países.

La ayuda económica prestada por los Estados Unidos a sus vecinos del hemisferio ha sido ínfima comparada con la que se ha dado a Europa y aún a Asia. Entre el 1º de Julio de 1945 y el 30 de Junio de 1952, el total de la ayuda norteamericana al exterior ha sido de 35.000 millones de dólares, de los cuales casi 26.000 millones se han enviado a Europa. En comparación con esta cantidad, los 857 millones de dólares repartidos durante siete años a los 150 millones de latinoamericanos no tiene ninguna im-

portancia, y todas las pomposas declaraciones sobre solidaridad continental no tienen ni un valor retórico.

C) Dentro de la organización de las Naciones Unidas, y encabezado, en buena parte, por Chile, está avanzado ya el estudio para el establecimiento de un Plan de Ayuda Internacional a las Naciones Insuficientemente Desarrolladas, tendiente a compensar la monstruosa diferencia que hay entre el desarrollo económico y standard de vida de las pocas naciones industriales y la inmensa porción de la humanidad que vive sometida al hambre y la miseria, como que el 10% de los hombres, pertenecientes a las naciones industriales, poseen el 80% de la riqueza mundial. Dicho plan implica el aporte técnico y financiero de las naciones económicamente desarrolladas en favor de las que no lo están, con miras a diversificar y ampliar sus fuentes de recursos, robusteciendo la libre determinación de los pueblos. Dicha ayuda, en lo financiero, podría ser, fácilmente, del orden de los 10.000 millones de dólares al año, lo que significa no más de un 3% de la renta anual de las naciones industriales (sin incluir las del Este de Europa) y su importancia se puede medir por el hecho de que toda la ayuda prestada hasta ahora a los países sub-desarrollados no ha subido de los 1.000 millones de dólares anuales, suma muy inferior a las utilidades de los inversionistas de los países industriales. (Véanse a este respecto los comentarios de Política Internacional de los Nos. 67, 73 y 80 de *Política y Espíritu*).

Correspondería a Chile, junto con las demás naciones latinoamericanas, desarrollar toda la acción posible para obtener, en 1953, como ya está aprobado por la Asamblea General de la NU, el comienzo de ejecución de ese plan, al cual, además de todos los países subdesarrollados del Extremo y el Medio Oriente, acaba de adherir, implícitamente, la última Conferencia del Commonwealth celebrada en Londres. Dicha acción debería ejercerse a través de la NU, como hasta ahora, e, indirectamente, dentro de la Organización de Estados Americanos, a la cual pertenece Estados Unidos, cuyo apoyo es básico para el éxito del Plan.

D) Por último, dentro del sistema panamericano, debería establecerse claramente el principio de la formación de bloques regionales, integrados por aquellos países que por su vecindad geográfica y el carácter complementario de sus economías constituyen naturalmente un bloque homogéneo más completo que el de cada país separadamente. Tal es el caso, por ejemplo, de Argentina, Bolivia y Chile, que formarían un conjunto territorial de unos 5 millones de kilómetros cuadrados con una población de casi

treinta millones de habitantes, con lo que se constituiría un mercado interno suficiente para la expansión de la producción y, especialmente, de las industrias económicamente legítimas de cada uno de los tres países, con la consiguiente alza del standard de vida de sus habitantes. Para la formación de dichos bloques podría prescindirse del aspecto político y efectuarse una integración en el terreno económico, creándose los organismos técnicos correspondientes, con la consiguiente limitación de las soberanías nacionales sólo en ese terreno, como han hecho los seis países miembros del pool del Carbón y Acero del Plan Schuman, que ha sido apoyado por los Estados Unidos al igual que todos los otros planes de unificación europea. ¿Por qué el Departamento de Estado habría de tener una política unificadora en Europa y atomizadora en América?

CONTRA LOS ESTADOS UNIDOS, NO

Las posibilidades señaladas no se excluyen sino que se complementan el uno al otro, y que correspondería a una cancillería con la audacia y visión suficientes llevarlos adelante de modo que su acción en uno le sirviera de apoyo en el otro, conjuntamente con la de los demás países interesados. Por otra parte, en las actuales circunstancias de la política americana, y sobre todo teniendo en cuenta las relaciones con los Estados Unidos, tendría Chile como país reconocidamente democrático y con una tradición de seriedad diplomática y sin afanes de predominio internacional, una posición especialmente ventajosa para encabezar una acción decidida en favor de algunas de las ideas expuestas. Sería impolítico y torpe realizar dicha acción y orientar una política como la aquí delineada, con un espíritu anti-norteamericano, más o menos disfrazado, pues, en la hora actual, los Estados Unidos: a) Disponen de medios más que necesarios para "liquidar" desde sus mismos comienzos toda tentativa así inspirada; b) Porque la cooperación norteamericana es absolutamente necesaria, tanto en el plano financiero como en el técnico; c) Porque fomentando el sentimiento anti-norteamericano, negativo y sin ningún valor constructivo en sí, se hace el juego, por una parte, de los nacionalismos de tendencias totalitarias, más peligrosos a la larga, y por la otra, del comunismo stalinista que atiza dicho nacionalismo para sus propios fines. Semejante posición no implica, por lo demás, la aceptación del imperialismo sino un intento sincero de plantear las relaciones entre los pueblos de las dos Américas en un plano de justicia y comprensión, basado en la verdad de los hechos. Cuando ésta se señala en forma que implica

EL LABORISMO BRITANICO DESPUES DE 1945, SUS REALIZACIONES Y SU PORVENIR (*)

por G. H. Cole

El autor de este artículo, profesor de ciencias políticas y sociales en la Universidad de Oxford, tiene en el laborismo británico una autoridad intelectual incontestable y su notoriedad ha desbordado los límites de su partido y su país. Mr. Cole ha escrito para los lectores de TERRE HUMAINE un inventario denso y breve de las realizaciones laboristas en la Gran Bretaña. Puede apreciarse cómo, conforme a las mejores tradiciones de la literatura política inglesa, los puntos de vista personales más "no-conformistas" se mezclan en su exposición a perspectivas doctrinarias muy objetivas. Sin embargo, sería un error ver en el presente estudio un testimonio de la mentalidad o una contribución a la psicología del intelectual británico de izquierda; las inquietudes e investigaciones del sector avanzado del laborismo inglés pueden tener un valor ejemplar. Existe la tendencia a olvidar que el laborismo británico es un socialismo y un socialismo tomado muy en serio por algunos de los que en él militan, sea en el terreno del pensamiento o de la acción. (Nota de TERRE HUMAINE).

El Partido Laborista británico no ha sido nunca un partido socialista doctrinario. Ha adoptado doctrinas y declarado perseguir finalidades socialistas, lo que es diferente. Siempre ha sido el partido de los sindicatos, estrechamente aliado a las principales agrupaciones de socialistas doctrinarios, y a medida que los sindicatos se han ido penetrando de las ideas socialistas, la política del partido se ha ido acercando al socialismo en el completo significado de la palabra. Pero, incluso entonces, la doctrina que ha tratado de realizar ha sido siempre un socialismo muy británico, mucho más moral que marxista, y

cuya filosofía es esencialmente Benthamista y evolucionista, teñida apenas de sentimiento revolucionario. Desde que en 1848 desapareció el Cartismo, no ha habido en Inglaterra ningún grupo revolucionario importante. Si en ciertos momentos, después de 1918, no pareció que esto fuera completamente cierto, era puro engaño de las apariencias. En los últimos cien años, los revolucionarios británicos han sido

(*) Publicado en TERRE HUMAINE, Noviembre de 1952. Traducido especialmente para POLITICA Y ESPIRITU.

una crítica a determinadas actitudes o políticas de los Estados Unidos es más bien para prevenir en contra de un panamericanismo oficialista y verbal, que cubre con retórica una situación que, precisamente, por encubierta, deriva hacia un progresivo y funesto empeoramiento de las relaciones inter-americanas. Si plantear las cosas en esta forma es anti-norteamericanismo son anti-patriotas todos los innumerables ciudadanos de los Estados Unidos, muchos con cargos dirigentes, que denuncian los errores de su gobierno y los abusos de las empresas yanquis establecidas en América Latina.

Tales políticos comprenden perfectamente la importancia que tiene y cada vez tendrá más la América Latina dentro de la política y la estrategia global de los Estados Unidos. En el colonialismo, el sentimiento de inferioridad, de sujeción a las férreas estructuras capitalistas y en la miseria de grandes masas del pueblo encuentra el comunismo su caldo de cultivo ideal. El señor Foster Dulles, secretario de

Estado, se ha mostrado alarmado con el aumento de la penetración comunista en América Latina y en la alianza que ha llamado "funcional" entre el fascismo y el comunismo en nuestros países. Esa alianza, evidentemente, existe, al menos en forma transitoria y frente a los Estados Unidos. Pero sería un error asimilar la democracia, así cogida entre dos fuegos a un apoyo incondicional a la política de Washington o de Wall Street. En la medida en que el gobierno y el pueblo norteamericanos no comprendan las posibilidades que les abre una política leal e inteligente en América Latina, los pueblos de este continente se irán arrinconando, por obra de la pobreza, la desconfianza y el resentimiento hacia un comunismo cordialmente anti-yanqui o hacia un nacionalismo anti-comunista, policial, retrógrado y absolutamente ineficaz. Sería difícil decidir cuál de los dos extremos a que dialécticamente va empujando el mantenimiento de la actual situación es más peligroso para nuestro país y para todo el continente del cual, querámoslo o no, formamos parte.

siempre una ínfima minoría. No han ejercido sino muy poca influencia sobre la masa de la clase obrera y sólo han tenido muy escasos jefes notables.

Esta ausencia del sentimiento revolucionario se explica con facilidad. Su causa es no sólo la superioridad industrial y financiera de la Gran Bretaña —perdida hoy— y la posibilidad, que de ella se derivaba, de mejorar casi continuamente el nivel de vida de los obreros, sino también la particular naturaleza del Estado inglés. Mucho antes de la aparición del movimiento laborista moderno, la Gran Bretaña tenía un gobierno que, si no era democrático, era al menos plenamente responsable. El poder que tenía la Cámara elegida para formar el Ejecutivo según la composición de los partidos y dirigir, en líneas generales, sus actos, no dejaba ninguna duda sobre eso. En realidad, no había un gobierno ejecutivo distinto del legislativo y constituido como poder independiente e, incluso, superior. Por consiguiente, no había tampoco duda de que la extensión del derecho de voto comportaría verdaderas transformaciones del Estado y de la política de los partidos y de los gobiernos sobre ellos fundados. Por otra parte, no había grandes reservas de sufragios rurales que la reacción pudiera utilizar para hacer, en la práctica, del sufragio universal un arma del poder autocrático en contra de la burguesía o de los trabajadores urbanos. Los campos eran, naturalmente, mucho menos avanzados en lo político que las ciudades. Pero, después de 1832, y ciertamente después de 1867, año de la segunda reforma electoral, los campesinos no fueron nunca bastante poderosos para hacer más que retardar y estorbar la evolución hacia la democracia política y social, sin poder cambiar el sentido de la corriente. Por todo esto hubo en Gran Bretaña después del Cartismo, muy poco antiestatismo, y la creencia de Marx en la necesidad que tenía el proletariado de romper el antiguo Estado para construir uno nuevo a su propia imagen no convenció sino a muy pocos británicos o jefes socialistas. Aún aceptando la interpretación "económica" de la historia presentada por Marx, como algunos de ellos la aceptaban, no admitían las conclusiones catastróficas que Marx sacaba de su teoría, sino que le substituían una doctrina que preconizaba una evolución lenta del Estado, instrumento feudal, luego capitalista y, finalmente, instrumento de los trabajadores y sus aliados, que debían llegar, por etapas y sin ruptura violenta, al *Estado-Providencia*, objetivo inmediato del gobierno laborista después de 1945. Esta teoría del progreso hacia el socialismo comportaba determinadas consecuencias para la lucha de clases. Los jefes británicos no negaban la existencia de una lucha de clases, pero re-

husaban convertirla en el fundamento de su política y su programa y reclamaban el poder no en nombre de una clase sino en el del pueblo entero, o, al menos, en nombre de todos aquéllos que fuera posible ganar a la causa democrática. Es verdad que se separaron de los Liberales, de los que habían sido por un tiempo aliados, para crear un partido independiente. Pero la ruptura se hizo lentamente y con precaución, y no llegó a ser total sino en el momento en que el Partido Liberal sucumbió ante sus luchas intestinas, durante la primera guerra mundial. Promovido por primera vez al rango de partido verdaderamente nacional, y convertido, de pretendiente, en detentador del poder político, el Partido Laborista se presentó más como el heredero que como el enemigo del Partido Liberal. Su fin principal era ir más lejos y más rápidamente que los liberales por el camino del *Estado-Providencia* que éstos habían seguido a partir de 1906. Los objetivos socialistas que el Laborismo proclamó por vez primera en 1918 quedaban reservados para el porvenir y debían ser perseguidos de acuerdo con los métodos evolucionistas en que se habían inspirado sus proyectos más estrechamente reformistas.

LAS REALIZACIONES LABORISTAS

Tal era aún el estado de espíritu del Partido Laborista cuando, en 1945, dispuso por primera vez, en la Cámara de los Comunes, de una mayoría suficiente para constituir por sí solo un gobierno. El gobierno laborista de 1945 no tenía ni la voluntad ni el deseo de instaurar el "socialismo" en Inglaterra. Tenía dos metas más modestas: desarrollar el *Estado-Providencia* y, al mismo tiempo, comenzar a construir el socialismo nacionalizando ciertas industrias llaves y planificando en parte la economía para asegurar el pleno empleo y una mejor utilización, conforme al interés general, de los recursos limitados. El Laborismo no alentaba en modo alguno la intención de romper brutalmente con las instituciones y los métodos antiguos, de poblar los servicios públicos con socialistas doctrinarios, de confiscar la propiedad de los capitalistas o de atentar contra la monarquía. No trató de abolir las distinciones de clase ni de atacar la propiedad, en oposición a las rentas que ella produce. No tomó, incluso, el partido de los obreros en los conflictos del trabajo sino que continuó desempeñando el papel de mediador y árbitro "imparcial", gracias a sus tribunales de arbitraje y a sus conciliadores.

Dentro de estos límites, el gobierno laborista de 1945 propuso y ejecutó con notable fidelidad un programa ambicioso, tan ambicioso como era posible hacerlo sin cambios constitucionales importan-

tes. Consolidó una considerable redistribución de las rentas entre ricos y pobres, confirmando y acentuando así una tendencia muy desarrollada ya durante la guerra. Adoptó y, en ciertos aspectos, sobrepasó las importantes conclusiones del informe Beveridge sobre el desarrollo de los seguros sociales, comprendiendo, incluso, las pensiones de vejez. Creó un sistema nuevo y grandemente mejorado de seguro contra los accidentes y enfermedades del trabajo. Hizo votar y llevó a la práctica un servicio nacional de salud verdaderamente amplio, destinado a toda la población sin distinciones de fortuna y que abarca tanto la atención hospitalaria, incluso por especialistas, como la que prestan los médicos ordinarios. En el terreno de la instrucción no podía sino tomar todas las medidas necesarias para la ejecución de la ley de 1944, que había hecho aprobar el Gobierno de coalición durante la guerra y que preveía realizaciones de importancia suficiente para absorber durante muchos años más maestros de los que había y muchos más recursos de los que era posible consagrar a la construcción de escuelas y a los útiles escolares. En lo que se refiere al problema de la habitación su acción se vio igualmente limitada por la falta de mano de obra y de materiales, pero el Gobierno hizo lo mejor que podía para asegurarse que las casas efectivamente construidas fuesen destinadas a aquellos que más las necesitaban y que pagarían arriendos subvencionados, y no a los que podían pagar alquileres más elevados.

“EL REPARTO EQUITATIVO DE LOS BIENES”

En todos estos terrenos y en muchos otros, incluso en el de las subvenciones a los alimentos, destinadas a impedir el alza del costo de la vida, y en el mantenimiento del racionamiento de los productos escasos, el Gobierno laborista llevó su política de “reparto equitativo de los bienes” tan lejos como le era posible sin salirse de un régimen fundado principalmente en la propiedad privada. Pero no pudo impedir que el “pleno empleo” —que, por lo demás, tenía por causa principal la penuria mundial y no necesitaba de medidas especiales para mantenerse— no significara beneficios muy elevados para las empresas capitalistas más eficientes, y utilidades bastante altas incluso para aquellas cuya eficiencia no era sino modesta. Esos beneficios eran inevitables si se considera la necesidad de mantener en servicio un equipo a menudo anticuado que era absolutamente imposible reemplazar. Sin llegar al empleo de la fuerza se tomaron medidas para limitar los dividendos distribuidos sobre esas utilidades elevadas. Esas medidas hacían juego con la política de moderación en las reivindicaciones de salarios a que los sindica-

tos se vieron llevados por lealtad hacia un “Gobierno de Trabajadores” y a causa de las dificultades de la balanza de pagos. Pero la limitación de los dividendos nunca fué completamente realizada y, en todo caso, resultaba difícil convencer a los miembros de los sindicatos de que los beneficios elevados no constituían un fondo del cual una parte podía consagrarse a aumentos de salarios. Los patrones, por su lado, pretendían que sus grandes utilidades eran ilusorias, debido al altísimo costo del equipo que tenían que reemplazar. Pero, en el hecho, el dinero no llegó principalmente a las manos de los que más necesidad tenían de equipo nuevo; por lo demás, no fué posible satisfacer sino una parte pequeña de la demanda pues la necesidad de equipo se hacía fuego directamente con la necesidad de efectuar las exportaciones necesarias al pago de las exportaciones indispensables.

En conjunto, el gobierno laborista, en todos estos terrenos, sacó buen partido, desde el punto de vista de la justicia social, de una situación difícil. Su tarea se vio facilitada, ciertamente, por la ayuda americana, que se efectuó, primero, en forma de empréstitos, y luego, a través del Plan Marshall. Sin ella hubiese sido imposible evitar una baja del nivel de vida que habría agravado considerablemente la lucha de clases. La ayuda americana —cuyo precio político sólo hoy se viene a comprender— y un mercado mundial favorable a los vendedores, hicieron más cómoda la tarea del gobierno laborista en el plano de la política interna. Personalmente, creo —y lo creía ya en 1946, cuando la cuestión se planteó por vez primera— que más hubiera valido correr el riesgo de una baja del nivel de vida que aceptar el empréstito americano. Pero me encontré con que casi nadie era de mi opinión. La mayoría de la gente, en todos los partidos, acariciaban la ilusión de que las dificultades de la balanza de pagos pasarían y que los “términos del intercambio”, es decir, la relación entre los precios de las importaciones y de las exportaciones, cambiarían en favor de la Gran Bretaña, cuando han cambiado considerablemente en su perjuicio. Sin la ayuda americana, el nivel de vida habría bajado debido a la carencia de importaciones y hubiese sido más viva la lucha para impedir que los ricos conservaran todas las ventajas que de hecho mantuvieron. Pero el gobierno laborista tuvo, en todo caso, en su política de “reparto equitativo de los bienes”, un éxito mucho mayor que la mayoría de los gobiernos que se encontraban en situación semejante. El relajamiento de la tensión social producido por la política del “reparto equitativo” impidió, evidentemente, que el gobierno atacara el problema de la propiedad del capital en la forma

que atacó el de la distribución de las rentas. Si la situación hubiera sido más difícil, sus partidarios lo hubiesen, sin duda, obligado a pasar al ataque, lo que me parecía deseable, pues estoy convencido de que un progreso firme hacia una mayor igualdad social depende de la reducción de las desigualdades tanto en la propiedad del capital como de las rentas.

LAS NACIONALIZACIONES

El gobierno laborista no atacó directamente al capital como tal sino que realizó un considerable programa de socialización con compensaciones a los antiguos propietarios. Este programa se aplicó al Banco de Inglaterra, a las minas de carbón, a la aviación civil, los ferrocarriles y la mayoría de los medios de transporte interior, a las redes telegráficas y la T. S. H., a la electricidad, el gas, y, finalmente, a los sectores esenciales de la industria del hierro y el acero, o sea a alrededor del 20% de la totalidad de la industria. Si se admite el principio de las compensaciones, las que se previeron eran equitativas pero no eran, en general, excesivas. Con todo, los métodos adoptados para la administración de las industrias y servicios socializados no fueron, en mi opinión, completamente satisfactorio. No hubo bastante preocupación ni de dar a los trabajadores el sentimiento de que participaban realmente en la dirección de las industrias nacionalizadas, ni de representar los intereses de los consumidores. Salvo los casos del gas y de la electricidad, se tendió hacia una centralización excesiva, quizá inevitable en el período de transición, pero aceptada sin un reconocimiento claro de los peligros que envolvía. Además, los estatutos dictados impusieron a los comités encargados de las industrias y servicios nacionalizados la obligación de equilibrar por sí mismos sus presupuestos y amortizar su capital, aunque en algunos casos (el de los ferrocarriles, por ejemplo) fuera por lo menos dudoso tanto el cumplimiento de semejante exigencia como su conformidad con el interés público. Por otra parte, los trabajadores de los servicios nacionalizados estaban completamente dispuestos a dar a la dirección de las empresas la mejor oportunidad posible de demostrar en la práctica las ventajas de la socialización. A mi juicio, los resultados obtenidos fueron satisfactorios, mucho mejores de los que hubiesen sido de continuar el régimen de propiedad privada. Esto es cierto con seguridad respecto de las minas de carbón, de la electricidad y el gas y, en mi opinión, de los transportes. Es imposible pronunciarse respecto de la industria del acero, cuya nacionalización apenas había si-

do resuelta cuando debió, de hecho, suspenderse, debido a la caída del gobierno laborista.

Para resumir las tentativas y realizaciones del gobierno en materia de política interna, diré que tuvo un éxito notable dentro de los límites impuestos por su política de evolución lenta, con la reserva de que su acción no fué posible, al menos en parte, sino por la aceptación de la ayuda americana. Sin embargo, su popularidad disminuyó, como lo probaron las elecciones de 1950 y 1951. ¿Por qué? En parte porque ni sus partidarios ni los demás electores lograron comprender —como tampoco lo comprenden ahora— las dificultades causadas por la pérdida de las inversiones en el exterior, por el trastorno de los “términos del intercambio” y por los problemas planteados por la introducción de un sector socializado y cierta justicia distributiva en una economía esencialmente fundada en el deseo de lucro. Otra razón es que en 1950 se había hecho evidente que los jefes del partido, habiendo casi realizado el programa propuesto a su llegada al poder cinco años antes, ya no sabían qué más hacer. No era posible intentar nada más con respecto a las *rentas* de los ricos sin tocar ya la *propiedad* misma. Los problemas planteados por las nuevas nacionalizaciones no habían sido, por lo demás, examinados, y los electores se cansaban más y más de la escasez y los controles, y se mostraban más y más dispuestos a creer a quienes les decían —por muy débiles que fueran sus razones— que la abundancia volvería por sí misma con una “libertad económica” más grande. Estos cebs no tentaron sino a muy pocos obreros organizados, pero tuvieron un atractivo considerable para los empleados y otros grupos intermedios, muchos de los cuales habían votado por los socialistas en 1945.

LA POLITICA EXTERIOR

Nada he dicho aún de la política exterior, que es, en mi opinión, el terreno en que el gobierno laborista se mostró más débil. Desde un comienzo fué resueltamente hostil a toda política que llevara a la participación en un bloque antisoviético dominado por los Estados Unidos, o a la asociación con gobiernos reaccionarios, cualesquiera que fuesen. Deseaba la creación de una “Tercera Fuerza”, fundada no sobre una potencia militar comparable a la de los Estados Unidos o de la Unión Soviética sino sobre comunes ideales de libertad y democracia. Por éstos no entiendo en modo alguno ni el liberalismo económico ni la democracia a la americana, que consisten en sostener a Chang Kai Shek y en estar listos para aliarse con quienquiera —desde Franco a Syngman Rhee— que dé suficientes garantías de anticomunismo.

mo. Creo que el laborismo británico, a partir de 1945, hubiera debido sostener regularmente a los socialistas de Europa Occidental y a los progresistas que se hubiera podido llevar a una alianza con ellos, para hacer el esfuerzo de formar un grupo de gobiernos animados por una ideología común y capaz de atraer a la India, la Indonesia y otros países no europeos, y de ocupar con todos ellos una posición de equilibrio, a medio camino entre el comunismo y el nervioso anticomunismo a la americana. Pienso que en Alemania los británicos hubieran debido perseguir la realización de una política socialista, a pesar de la oposición de los norteamericanos. Para referirme a acontecimientos más recientes, creo que la Gran Bretaña hubiese debido negarse a toda participación en la guerra de Corea. (*) Al dar su apoyo a la política norteamericana en Corea, el gobierno laborista inglés creyó que era necesario luchar contra el comunismo dondequiera que hubiese fuerzas, de cualquiera naturaleza que fueran, utilizando esas fuerzas y haciéndose de alianzas contra él, aun cuando difícilmente se viera de qué modo podría venir la liberación de compromisos asumidos sin una apreciación suficiente de sus peligros. Yo querría producir la certidumbre de que mi pensamiento no está influido por ninguna simpatía por el comunismo, pero creo que la política consistente en "contener" al comunismo en el mundo entero es indiscernible de una política de cerco de la Unión Soviética y amenaza conducir a la guerra mundial, cuyo resultado, cualquiera que fuese, sería un desastre total para la Europa de Occidente.

Estimo, pues, que desde su comienzo la política exterior del gobierno laborista fué un error, a pesar de la sabiduría de su acción en la India y en Birmania y de su política colonial relativamente ilustrada en África Occidental y las Antillas. Pienso que este error se debió, en parte, a una falta de com-

(*) Me he colocado en contra de Syngman Rhee, comprobando, por lo demás, que la cuestión de saber quién fué el agresor no ha podido dar lugar a ninguna respuesta concluyente. Preferiría, incluso, el triunfo de los coreanos del Norte, o el de Ho Chi Minh en Indochina, al establecimiento de compromisos indefinidos para batirse contra militantes nacionalistas por no se sabe qué. Lo mismo diré con respecto a los neo-desturianos de Túnez o a los llamados "bandidos comunistas" de Malaya. En este punto mi opinión no está de acuerdo con la de la mayoría de los dirigentes laboristas de Gran Bretaña.

Con mis ideas corro el riesgo de ofender a muchos lectores, tanto más cuanto que no he tenido ocasión de explicarme con amplitud sobre esta materia. Trataré de suplir más tarde esta falta consagrando, quizá, todo un artículo a la política exterior del Partido Laborista británico.

presión de los asuntos internacionales, y mucho más a la errónea creencia en la identidad de la política británica y la política americana en la búsqueda de la paz mundial. El resultado de esta política ha sido la victoria de la reacción política y económica en Francia, Bélgica y Alemania Occidental, cuando había por lo menos una oportunidad de que una política exterior más socialista contribuyese a sostener las fuerzas de izquierda en la Europa Occidental y a crear una Tercera Fuerza que los norteamericanos y los rusos se hubiesen visto obligados a escuchar, a pesar de su debilidad militar. Sé que camino por un terreno peligroso y que me falta espacio para explicarme como debería. Sin embargo, tratando de hacer un balance de la política del gobierno laborista, no podía pasar en silencio su conducta en una materia tan esencial como la política exterior. Con reserva de ésta, ese balance, en mi opinión, debe ser positivo, salvo ante los ojos de los reaccionarios, que deben, como es natural, detestar más al laborismo cuando mejor acierta. En todo caso, estoy seguro de que la gran mayoría de sus partidarios, —los fieles cuyo voto está asegurado y que constituyen hoy una gran parte del electorado— están, en conjunto, satisfechos del laborismo.

Lo que actualmente me temo es que un nuevo gobierno laborista sea llevado al poder antes que el partido haya tenido tiempo para elaborar, en la oposición, una política adaptada a una nueva situación. Pues el partido se encuentra hoy ante un verdadero dilema: no puede hacer mucho más si no va mucho más lejos de lo que ha intentado, e incluso deseado hacer, en un cambio de régimen de la propiedad (sobre todo, a mi juicio, mediante un ataque frontal contra la herencia) y en la invención de formas nuevas de nacionalización, adaptadas a industrias y empresas a las cuales resulta difícil aplicar las fórmulas tradicionales de adquisición y transformación en monopolios públicos. Las industrias y servicios a los cuales estas fórmulas (que no son necesariamente las mejores) son aplicables, han sido en gran parte nacionalizados. El problema que en seguida se plantea es mucho más difícil: es el que concierne al elevado número de grandes empresas industriales y financieras que han seguido siendo propiedad privada y a las que no se puede impedir que hagan enormes beneficios o dominen la economía o contraríen toda verdadera planificación del uso de los recursos económicos. En cierto sentido, este problema es tanto más difícil de resolver cuanto no hay en Gran Bretaña sino muy poco odio de clases verdadero. Los trabajadores no odian de verdad a los ricos, y los dirigentes de los sindicatos no odian, por cierto, a los capitalistas. Casi nadie, entre los la-

HACIA UNA CIVILIZACION DEL TRABAJO

por Gabriel VALDES SUBERCASEAUX

Una de las características más sobresalientes del capitalismo moderno reside en la prodigiosa capacidad de expansión que desarrolla en la producción de bienes de todas clases. Bajo el signo del lucro como meta, el capitalismo no tiene otro camino que la carrera por aumentar, ciegamente, la producción de aquellos rubros que producen rentas más altas y que son, normalmente, los que satisfacen necesidades marginales de la población. Esta mecánica del progreso constituye, al mismo tiempo la más notable aventura colectiva del hombre en el orden material, y la más peligrosa de sus creaciones.

Acicateado por la competencia, por la propaganda y, más que nada, por su dinámica interna, el sistema capitalista en el orden industrial vive sólo en función de futuras ampliaciones. Cualquiera industria del sistema que no aumente su producción, sucumbe.

La razón del simple lucro del empresario, individualmente considerado, ya no alcanza a explicar el fenómeno pues podría pensarse que, en más de un caso, aquél desearía la estabilidad antes de asumir nuevos riesgos. Es que el lucro ha pasado de la categoría de motivo a la de justificación filosófica del sistema, imprimiendo su carácter a todos sus elementos.

Para los cristianos resulta especialmente doloroso comprobar cómo el sistema capitalista descansa, en el fondo, en una concepción religiosa, nacida de una monstruosa deformación hecha por Calvino, del sentido bíblico de la vida. Transportando sin escrúpulo a la época moderna el concepto de la riqueza

y de la abundancia de bienes como signo del favor divino, que existía en el Antiguo Testamento, el capitalismo adquiere el dinamismo propio a todas las manifestaciones de raíz religiosa, llegando a ser la legítima expresión externa del materialismo individual, del egoísmo como norma, y del lucro personal como fin, todo ello bajo la mirada benevolente y un tanto ausente de Dios. En este origen calvinista se encuentra la causa del amplio desarrollo del capitalismo de los países anglosajones donde hasta las fuerzas del trabajo lo defienden como algo incorporado definitivamente a su manera de ser. De esta manera, el mundo occidental, llamado cristiano —olvidando la substancia misma del Evangelio— coloca el éxito económico en la cúspide de las jerarquías humanas.

En esta mecánica del progreso material lanzado sin freno, la moral no juega ningún papel. Por su misma expansión, los sistemas industriales adquieren un poder tal que, en la práctica, deciden el curso de la historia y para ello se aferran a cualquier hecho, cualquiera que sea su categoría moral. Es el caso presente de la guerra de Corea o de Indochina y del esfuerzo armamentista. Violentamente y en forma tenaz, el capitalismo occidental se encuentra en tensión de expansión por esta situación bélica y prebélica. Gracias a los coreanos y a los vietmineses que mueren, las economías de los grandes y de los pequeños países, como el nuestro, aprovechan los beneficios de sus economías en expansión por razones que son de conocimiento común. Una paz súbita y un desarme integral traerían consigo, junto con la

boristas, desea tratar con maldad a sus adversarios. Esto proviene del hecho de que el movimiento socialista británico está animado aún por un espíritu profundamente moral y de que tantos horrores que inspiraban a los socialistas una justa cólera han sido, si no suprimidos, por lo menos grandemente suavizados. Yo comparto por entero la concepción moral del socialismo y de ningún modo la doctrina determinista de la lucha de clases; por lo mismo me siento muy feliz de que la inspiración del movimiento sea siempre ésta. Pero no puedo disimularme que las medidas verdaderamente radicales para la instauración del socialismo se hacen, por este mismo hecho, mucho más difíciles. Las medidas draconianas comportan siempre injusticias individuales, y nos-

otros, los hombres de la izquierda británica, sentimos, en conjunto, mucha repugnancia a mostrarnos injustos, aunque sea al servicio de una buena causa. La tarea que ahora espera al Partido Laborista es de las más arduas. Se trata de establecer un programa con vistas a un rápido progreso hacia el socialismo, sin sacrificar por eso la preferencia del partido por la justicia. No pretendo saber si tendrá éxito en eso, pero, en la medida en que lo tenga, creará las condiciones de un progreso hacia la instauración de una sociedad socialista que no amenace las libertades individuales ni se envilezca para vencer a sus enemigos, y no sacrifique, triunfando, lo mejor del ideal que representa.

tranquilidad de los espíritus, una hecatombe en el andamiaje de precios, rentas y remuneraciones que arruinarían a su vez la paz social actual de muchas naciones.

Hay pues una base inhumana en la concepción de la economía actual y en su control. Si nos percatamos que el sistema que vivimos ha necesitado de dos guerras y de la preparación de una tercera para alterar el ciclo de las crisis que normalmente se habrían producido, podemos concluir que un régimen económico que se balancea ciegamente entre la guerra y un malthusianismo imposible, lleva dentro de sí mismo su propia condenación.

Pero, además, la ausencia de control en la libre búsqueda del lucro trae otro daño, que es connatural al sistema. Es evidente que, en general, se ha hecho más lucrativa aquella producción de bienes que satisfacen necesidades marginales, o sea aquellas que podrían estimarse superfluas supuesto que las necesidades primordiales quedan sin cubrir, como es el caso de nuestro país, donde gran parte de los recursos nacionales en servicios y bienes se dedican a la creación y satisfacción de nuevas necesidades de tipo psicológico o sensual, con desmedro y abandono, a veces, de necesidades básicas como la habitación, movilización, transporte, cultura, etc., que normalmente producen rentas más bajas.

Falta pues un orden racional en la utilización de los recursos económicos, algún poder que, al fomentar las actividades económicas, tenga presente el fin que ellas tienen.

EL ESTADO Y LA ECONOMIA CONTRA LA PERSONA

La solución del dilema que mencionábamos anteriormente no puede buscarse ya en el mero aumento de la producción, panacea del capitalismo, ni aún con la incorporación del concepto de productividad. La base del error está en considerar que el fin de la producción está en la producción misma. Este principio, médula del capitalismo, constituye el engranaje que proyecta a la economía hacia el vacío, creando un automatismo que excluye al hombre de lo que le es propio.

La gran línea de soluciones que la humanidad ha ido buscando y cuya expresión más extrema la constituye el socialismo marxista, pretende fundir al Estado con el esfuerzo productivo, colocando a la economía dentro de grandes planes matemáticamente prefijados. Pero de nuevo vuelve el hombre a ser despreciado, arriesgando aquí hasta su libertad civil, colocado como un número cualquiera en la gran máquina del Estado, sin salida psicológica para que

un mínimo de libertad de elección en lo económico, le permita ejercer realmente la libertad política y civil a que tiene derecho como persona.

Uno de los grandes errores de la solución socialista se basa precisamente en el desprecio por la creación de instituciones económicas que estén hechas a escala del hombre común. El Estado moderno, aún en sistemas no socialistas como el nuestro, lleva camino de convertirse en un monstruo que comienza a sentir sus propios apetitos, hambre de seguir engullendo actividades, y con ello sintiendo necesidad de cubrirse de ideologías, "ismos" que terminan siempre por ser mitos vacíos de contenido, sublimaciones de vanidades personales de hombres fuertes y valiosas palancas para ahogar libertades. Este Estado no está ya en la escala de las cosas posibles al hombre común, que sufre así su aplastamiento y vive indefenso, con el temor de ser víctima de las fuerzas políticas que se alternan en su manejo.

En el campo de la producción, buscando sólo la socialización, o sea el traspaso de las industrias de manos de los particulares a las del Estado, si bien se da un paso hacia la ordenación de la economía para el mejor servicio de la colectividad, no se solucionan los problemas humanos que la compleja vida del presente hace cada día más tensos. Para muchos, con honrado sentido de justicia, y para la mayoría de los tecnócratas, la solución más fácil viene a ser la entrega de todo al Estado. Para ello, basta crear un consejo y los técnicos harán lo demás.

Si se quiere mejorar la suerte del hombre común, si se quiere darle a la libertad un contenido real, y un sentido a la dignidad de las personas, no sólo debe suprimirse la miseria y elevar los standard de vida. Debe ser ello lo primero, pero los economistas y los tecnócratas caen en considerar a la economía, especialmente a la de producción, como un engranaje mecánico que responde al lucro o a las órdenes del dictador. Mientras tanto, las grandes masas asalariadas ven, con la misma desconfianza, que su suerte pasa de manos de unos a las de otros. El sentido social de la técnica no consiste sólo en la multiplicación de los bienes o de las necesidades, reales o ilusorias, sino en el hecho de que ella permite —si los que la emplean respetan las personas— la humanización del trabajo y su reducción.

No dudamos que la complejidad económica y los excesos del capitalismo exigen el control y la planificación cada día más estricta de parte del Estado, pero la experiencia de algunos países, como Francia, por ejemplo, no ha demostrado que los obreros de las Usinas Renault o de la electricidad estén ahora en mejores condiciones materiales y psicológicas

que antes de su socialización. Por el contrario, el personal de esas industrias sigue ausente del manejo de su suerte; como antes, en tensión en contra de la empresa que para él sigue siendo manejada por extraños, promoviendo conflictos con la misma frialdad y violencia que en tiempos de la dirección capitalista.

Difícil será encontrar la ecuación que permita regular y planificar la economía, manteniendo y aumentando el ejercicio de la libertad política. Ella deberá buscarse a través de la planificación democrática, hecha por el Estado, pero sólo será posible mediante la plena incorporación del trabajo organizado a la formulación de esa política, para lo cual será previa su incorporación en la gestión y dirección de las empresas.

EL HOMBRE Y LA EMPRESA

Es curioso comprobar cómo se ha descuidado, en la violencia de la reacción en contra del capitalismo, la valorización del hombre en las empresas. Esto es más grave si se considera que el tecnicismo, el maquinismo y la especialización capacitan cada día más a los trabajadores en su comprensión de los problemas técnicos y económicos, y que la vida de los hombres y de las mujeres va siendo absorbidas con fuerza creciente por las instituciones donde trabajan. Ya no puede hablarse ni en teoría de que el hombre vende su trabajo y conserva su libertad y su vida. Hoy se va produciendo una entrega total a la empresa que, al fin de la jornada, devuelve para la vida del hogar o el cultivo de otras actividades un agotado resto de ser humano.

Hay en todo esto no sólo ausencia de respeto por la persona humana sino un falso concepto de lo que es la empresa, que el régimen capitalista considera propiedad del patrón o de los accionistas, y el régimen socialista mira como propiedad del Estado.

La empresa moderna no es, sin embargo, un objeto de propiedad. Es un complejo de intercambio de servicios, en el que se realizan una serie de actos que, como tales, no pueden ser objetos de propiedad, y los que se efectúan sobre medios materiales animados por hombres agrupados jerárquicamente. La empresa no es la suma de materias primas, máquinas y procesos técnicos. La empresa es el trabajo organizado que fecunda todos esos elementos de por sí inertes y que en su mayoría se consumen y son reemplazados. En estas condiciones, ¿es razonable que toda la legislación y los sistemas económicos reconozcan como propietarios a los que inicialmente aportan capitales, con prescindencia de aquéllos que aportan la presencia diaria y activa de sus personas?

Piénsese que este derecho de propiedad no es invocado y ejercitado solamente sobre los bienes adquiridos con el dinero aportado por los capitalistas, los cuales forman el marco material de la empresa, sino que él es invocado sobre la empresa misma, es decir, sobre su gestión y sus frutos que deberían pertenecer a los que con su trabajo, hacen posible el proceso productor.

El acto de aportar dinero no puede seguir siendo considerado como un título del derecho de propiedad de las empresas sino solo como un derecho para obtener determinada utilidad proporcionada al monto respectivo del aporte, a los riesgos de la empresa y a la parte proporcional de importancia que aquel tenga con respecto a los otros factores.

En el paso de la industria personal a la sociedad anónima han quedado enredados algunos conceptos que ya no responden a la realidad. Ya no se trata aquí del artesano que maneja su propia industria, trabaja en ella, toma los riesgos y aporta el capital.

Si el artesano aporta su persona entera y como tal es dueño y jefe de su obra, la empresa —sociedad anónima— no tiene jefe. Existe una multitud de accionistas que tienen más interés en conocer la cotización de sus títulos en la Bolsa que en la marcha de la industria misma de la cual ignoran, no diremos su problema humano, sino aún, a veces, su ubicación. Es efectivo que ellos asumen riesgos, pero esto no agrega un ápice al invocado derecho de propiedad de la empresa por cuanto un riesgo mayor corren también en ella los trabajadores y jamás se les ha reconocido, por tal razón, título alguno. En suma, no siendo la empresa una cosa, no pueden los capitalistas pretender sobre ella los derechos que confiere el dominio. Hay en ella un complejo de derechos que se ejercen dinámicamente, como el que poseen los fundadores o empresarios originales que organizan la empresa, el de los trabajadores que aportan sus personas; derechos de los capitalistas, ejercitables en la restitución de un valor equivalente en poder de compra a sus aportes; derechos en fin de los consumidores por cuanto el proceso productivo debe considerarlos para que tenga conciencia de sus fines.

Eliminado así, por la fuerza de la realidad actual, el falso concepto de propiedad sobre la empresa, deja de ser ésta una institución cerrada, manejada en una sala por representantes de una multitud de accionistas extraños para abrirse a los que, en verdad, la hacen día a día.

LA REFORMA DE LA EMPRESA

El objeto inmediato, pues, de la reforma de la empresa es el de reconocer la jerarquía de derechos

que ella manifiesta entre los grupos que la forman, haciendo que el rol fundamental del empresario —vale decir la dirección— que en la sociedad capitalista no está en manos de los administradores empleados sino en la de los directores, se radique jurídicamente en las personas que trabajan en ella. No se trata de consagrar privilegios de los tecnócratas que dirigen desde las alturas como sucede en los trusts o en el colectivismo de los soviets. La difusión del rol de empresario consiste en incorporar a todos los hombres que forman las unidades de producción, dentro de las naturales jerarquías, a la gestión de la misma, haciendo que sean ellos y no extraños los que, de hecho y de derecho, dirijan sus propios asuntos y obtengan para sí la integridad de la obra realizada en común.

Procurando esta integración se podrá conseguir, por lo menos en este campo, el necesario equilibrio entre la persona y la comunidad de trabajo a la cual pertenece y, a través de ella, aquella se asomará al problema económico que podrá ser abordado así con un criterio humano.

¿Cómo llegar a esta humanización de la empresa? Se conseguirá en la misma medida en que disminuya el concepto de soberanía de los tenedores del capital —en los sistemas de desahucio de los contratos de trabajo, reparto de utilidades, decisiones de todo tipo, etc.— y se incorpore a los trabajadores a un plano de participación activa en las decisiones que interesan a la empresa. Se dirá que los trabajadores no están capacitados o que los capitales se ahuyentarán. Ambas objeciones parecen ya bien poco serias.

La economía industrial no es dirigida ya en el hecho por los capitalistas sino por los técnicos, los cuales son también dependientes de aquellos. Pero la industria moderna no limita la calidad de técnicos a los empleados, usando nuestra absurda clasificación de los hombres frente al trabajo. En ella los obreros han llegado a ser capaces de intervenir activamente, en muchas partes, en decisiones económicas y técnicas debido a su cultura profesional y a su creciente sentido de responsabilidad creado por el manejo de difíciles procesos. Por otra parte, las experiencias realizadas en países europeos y en los Estados Unidos en el orden de las asociaciones de trabajadores dueños de sus industrias y de las comunidades de trabajo, son capaces de eliminar todo temor a los más recalcitrantes escépticos.

En cuanto a la huida de capitales, es una amenaza demasiado gastada e inoperante que se esgrime frente a cada reforma y que no puede realizarse cuando el gran dispensador de ellos es el Estado Moderno.

Distintas son las formas para dar expresión práctica a estas ideas. De ello nos ocuparemos en otro artículo, pero adelantamos que allí donde se ha logrado éxito y muy serio, ha existido sobre todo audacia y una exacta comprensión por parte de los industriales y técnicos, de que el capitalismo tarde o temprano, separa irremisiblemente el capital del trabajo y que, organizándose para el combate, los asalariados y los tenedores del dinero han definido una voluntad, adquirido poderes y enrolado políticos; de ahí una tensión que crece y de allí también la intervención del Estado, movido por la necesidad del "orden". Pero además, han comprendido que si en esta lucha sobrevive la democracia, el Estado será cada día un mejor aliado del trabajo y defenderá menos ese orden ya vacío.

Quiéranlo o no los empresarios, hay una marea que avanza hacia la civilización del trabajo para producir una reversión en la economía que necesita volver a su centro. Las fuerzas sindicales se interesan ya en los procesos económicos y, sobre todo en países europeos, piden una intervención decisiva en los manejos y en los secretos de las industrias; la legislación del trabajo desplaza al código civil y constituye ya la verdadera constitución de las grandes masas que la conocen de memoria antes de aprender a leer. Del punto de vista económico, si la economía del siglo XVIII era eminentemente agraria, la economía del siglo XIX era del lucro, la de nuestro siglo tiende a ser cada vez más, una economía del salario, vale decir, del trabajo.

Es cierto que la mentalidad obrera no cambia instantáneamente y que aún gira en la órbita que forma el peso del capitalismo y de su reacción marxista, productos ambos del mismo error.

Para nosotros, se trata de salvar la libertad, dándole una expresión completa. No creemos tampoco que un Estado fuerte sea la solución, por estimarlo capaz de dominar los abusos pues ya no hay arbitraje posible entre el trabajo y el capital.

El fascismo se hace presente cuando el miedo de los ricos y el descrédito de las *élites* permiten el acceso al poder a los aventureros ambiciosos y demagogos. El comunismo llega cuando la marea creciente de las fuerzas del trabajo no se reconoce sino en él, porque los cristianos no se atreven a realizar la verdad que poseen. Nada tenemos que escoger entre ellos puesto que no podemos buscar soluciones de compromiso que serían destruidas apenas diseñadas. Lo que corresponde es luchar activamente por la instauración de una civilización del trabajo, sabiendo que la historia y nuestra fe marchan por ese camino y compenetrándonos que la historia es la co-creación de hombres libres.



DESPIDO DE UN MINISTRO



En los últimos días del mes de Enero, la prensa informó que S. E. el Presidente de la República habría decidido pedir su renuncia al Ministro de Economía y Comercio señor Edecio Torreblanca, noticia que causó expectación en la opinión pública y provocó toda suerte de rumores y conjeturas sobre los motivos que habrían llevado al Primer Mandatario a adoptar tal decisión.

El hecho fué confirmado a poco andar, dándose también a la publicidad la carta en que el General Ibáñez había solicitado al señor Torreblanca su renuncia. No se recuerda en nuestra historia otro caso en que un Presidente de la República se haya dirigido a un Ministro de Estado en forma más dura y escueta al solicitarle su dimisión. "Más de una vez le he pedido que aleje de su alrededor en su Ministerio, a varios señores que forman una verdadera camarilla de gestores, cuya entidad contraria a la honestidad del régimen e incompatible con sus principios de regeneración nacional, ha llegado a extremos inaceptables" expresaba el señor Ibáñez en su carta, para luego agregar: "Como esta situación no puede prolongarse sin grave perjuicio para el prestigio del Gobierno, le ruego dejarme en libertad de acción para nombrarle reemplazante".

Todo permite afirmar que tal actitud del General Ibáñez se justificaba plenamente, pues, aun cuando el Gobierno no ha dado a conocer hasta ahora los hechos concretos que llevaron prácticamente a destituir al señor Torreblanca, parece evidente que en el Ministerio servido por éste se llevaron a cabo, por algunos asesores designados por él y de su personal confianza, actuaciones abiertamente reñidas con la más elemental moral administrativa.

El señor Torreblanca, junto con dejar su cargo de Ministro de Economía y Comercio, procedió a presentar su renuncia a la colectividad política a que pertenecía, la Unión Nacional Independiente (UNI), de la que era Presidente, la que le fué aceptada de inmediato.

En reemplazo del señor Torreblanca fué designado Ministro de Economía y Comercio don Oscar

Fenner, también antiguo y fiel amigo del General Ibáñez.

El suceso que comentamos, ha constituido un duro golpe para el prestigio de las fuerzas ibañistas, que tanto alarde hacían de la honestidad y desinterés de sus militantes. El breve tiempo que llevan en el Gobierno ha bastado para mostrar que la corrupción y la venalidad están muy lejos de ser patrimonio exclusivo de los integrantes del pasado régimen, como ellos sostuvieran con tanta insistencia.

Por otra parte aun cuando no han faltado críticas a la forma dura y espectacular con que actuó S. E. el Presidente de la República, en general su reacción ha sido recibida con aplauso, por considerarse que evidencia su personal propósito de no permitir que hagan escuela actuaciones como las atribuidas a los asesores del Ministro renunciado.

Es de confiar que esta actitud del Primer Mandatario ha de contribuir, en todo caso, a impedir la ocurrencia de casos similares al que la provocó. Sería además de desear que sus propósitos de saneamiento administrativo se extiendan no sólo a los casos de deshonestidad sino también a los de falta de preparación y notoria incapacidad, atributos que distinguen a no pocas de las personas designadas por el nuevo Gobierno, incluso en cargos de gran responsabilidad.

CAMBIO DE RUMBOS



El despido del señor Torreblanca de su cargo de Ministro de Estado, no fué el único suceso de los últimos días en que desempeñó un rol estelar el Presidente de la República. Diversas otras actuaciones suyas constituyeron las noticias más espectaculares de la quincena.

Al inaugurar las obras de saneamiento rural en la localidad de Peumo, S. E. el General Ibáñez pronunció un discurso de indudable trascendencia que causó justificado revuelo en la opinión pública y en los círculos políticos.

Tras atacar violentamente a radicales y comunis-

tas, expresó que en vista de la intensa campaña de agitación que estos últimos realizaban, no sería derogada la Ley de Defensa de la Democracia y, por el contrario, se procedería a aplicar nuevamente sus disposiciones.

Tal declaración del Primer Mandatario no podía menos que causar gran revuelo y expectación, pues significaba prácticamente que el actual Gobierno seguiría respecto del Partido Comunista la misma conducta del anterior. De ser así los comunistas continuarían al margen de la ley y no sólo podrían participar en las próximas elecciones generales sino que deberían perder toda esperanza de abandonar la clandestinidad en que los colocara la Ley de Defensa de la Democracia. Así lo entendieron ellos, pues junto con darse a conocer el discurso en cuestión del General Ibáñez, procedieron a retirar sus candidatos a parlamentarios.

La verdad es que la nueva posición asumida a este respecto por S. E. el Presidente de la República, no podía menos que ser conocida con profunda sorpresa. Está demasiado fresco aun el recuerdo de la campaña que precedió a la elección presidencial, en la que la derogación de la Ley de Defensa de la Democracia, junto con la reforma electoral y el desahucio del Pacto Militar con los Estados Unidos, constituyeron los temas básicos de la propaganda ibañista.

No es del caso analizar aquí nuestra opinión ante esos problemas, pues en varias oportunidades nos hemos referido largamente a ellos. Lo que sí es interesante destacar es que respecto de los tres puntos en cuestión, el actual Gobierno ha pasado a sostener lo contrario de lo que propugnara el ibañismo durante la campaña electoral. Lo que ayer daba motivo a violentos ataques a la administración del señor González Videla y a los partidos que la apoyaban, lo sostienen ya los actuales gobernantes, a escasos meses de haber asumido el poder.

El Presidente señor González Videla necesitó bastante más tiempo para llegar a realizar como gobernante lo contrario de lo que había ofrecido como candidato.

LA LISTA ÚNICA IBAÑISTA

En medio de la ansiedad del ibañismo y la expectación pública, S. E. el Presidente de la República terminó la tarea de confeccionar la lista única de candidatos a parlamentarios de las fuerzas de Gobierno, a base de los nombres indicados por la Alianza Nacional



del Pueblo y la Federación Nacional de Fuerzas Ibañistas. Dicha lista fue dada a la publicidad junto con una carta del General Ibáñez a los presidentes de aquellos bloques de partidos.

La lista en cuestión fue objeto, como cabía esperarlo, de los más encontrados comentarios y críticas. Ya antes de dársela a conocer se alzaron en el Congreso Nacional varias voces protestando de lo que se estimaba como un acto de intervención electoral del Gobierno.

En los partidos y grupos ibañistas, por su parte, se creó una extraordinaria confusión al conocerse el fallo del Presidente de la República, pero no tardaron en producirse las protestas de quienes estimaban que aquél no los había considerado en forma justa y correspondiente a sus fuerzas políticas y a los merecimientos de sus candidatos. Muchos de estos habían sido eliminados o colocados en ubicaciones que les restaban toda posibilidad de triunfo.

Las cifras son particularmente reveladoras sobre la suerte que corrieron las proposiciones de las distintas entidades ibañistas. La Alianza Nacional del Pueblo presentó 115 candidatos a diputados y 18 a senadores, de los cuales fueron incluidos en la lista única 84 y 12 respectivamente. La Federación Nacional de Fuerzas Ibañistas, por su parte, presentó 165 candidatos a diputados y 20 a senadores, de los que fueron aceptados 56 y 8 respectivamente.

El Movimiento Nacional del Pueblo (MONAP) se encontró en situación realmente curiosa. Hizo entrega de su lista de candidatos, pero ella no fue considerada en la confeccionada por S. E. el Presidente de la República. Esto habría ocurrido, según se dijo, debido a que ella no había llegado a manos de aquél. Sea cual sea la verdad de lo ocurrido, esa colectividad ha quedado en situación sumamente inconfortable, ya que si su lista llegó a manos del árbitro, ninguno de sus integrantes mereció ser considerado, y si ella no fue conocida por aquél, no se habría parado mientes siquiera en su falta.

Entrando ya a considerar la lista única de candidatos elaborada por el General Ibáñez, resulta evidente que ella favoreció a la Alianza Nacional del Pueblo (ANAP). Esto constituye un triunfo de los partidos políticos ibañistas, que son los que integran esa coalición, sobre las llamadas fuerzas independientes que se agrupan primordialmente en la Federación Nacional de Fuerzas Ibañistas (FENAFUI).

Aun cuando el Partido Socialista Popular, una de las colectividades integrantes de la ANAP, fue la única de éstas que en cierta medida resultó perjudicada por el fallo presidencial, tal situación fue so-

lucionada posteriormente, mediante un arreglo interno en la Alianza Nacional del Pueblo.

El Partido Femenino de Chile, por su parte, fué quizás el único de los integrantes de la Federación Nacional de Fuerzas Ibañistas que pudo considerar satisfechas sus aspiraciones con la lista confeccionada. A pesar de ello, la coalición a que pertenece, la FENAFUI, probablemente a exigencia de sus demás integrantes, ha acordado no aceptar la lista única y presentarse independientemente a las elecciones.

Aun cuando al escribir estas líneas se realizan gestiones tendientes a obtener un total acatamiento de la lista única por los distintos partidos y grupos ibañistas, parece difícil que ello pueda conseguirse.

Al parecer la lista única quedaría reducida prácticamente a los partidos y grupos que componen la ANAP.

Cabe suponer, por tanto, que las fuerzas ibañistas afrontarán divididas las próximas elecciones generales. Por una parte, existiría la lista elaborada por S. E. el Presidente de la República, que sería prácticamente de la ANAP, y, por otra, una o varias listas de distintos grupos o fracciones ibañistas.

Esto a pesar de la exhortación del Primer Mandatario en su carta a los presidentes de la ANAP y FENAFUI, en la que expresaba su confianza de que nadie interferiría el camino de la unidad, pues de otro modo "el Presidente de la República tendría que buscar en el futuro Parlamento entendimientos políticos que le permitieran superar tan obcecada y fatal incomprensión". Y ésta no es la primera advertencia que sobre el particular hace S. E. el General Ibáñez.

MAS ACTIVIDAD GUBERNATIVA



Como hemos dicho, el Gobierno se caracterizó en los últimos días por una extraordinaria actividad en los más diversos órdenes de cosas.

Conforme se había anunciado, procedió a devolver al Congreso Nacional el proyecto de facultades extraordinarias aprobado, formulándole diversas observaciones.

El Congreso Nacional aprobó sólo una de las cinco observaciones hechas por el Ejecutivo: la que autorizaba al Banco Central de Chile para fijar el precio del cobre chileno con el voto favorable de los tres consejeros representantes del Presidente de la República y oyendo a los productores. Las restantes observaciones fueron rechazadas por gran mayoría.

En esta situación la ley de facultades extraordinarias queda en situación de ser promulgada, lo que sin duda se habrá hecho ya al publicarse este comentario.

Esperamos, pues poder muy luego juzgar la forma en que dichas facultades se aplicarán por el Gobierno. Hasta ahora no se han dado a conocer en concreto los planes que sobre el particular tiene el Ejecutivo, pero cabe suponer que ellos se encontrarán preparados y que pronto los veremos en ejecución.

Entre las actividades gubernativas, merece especial mención la entrevista celebrada por el Ministro de Relaciones Exteriores señor Olavarría con su colega boliviano, a fin de tratar sobre diversos y urgentes problemas pendientes entre ambos países. A esta materia nos referimos largamente en la sección Política Internacional.

La noticia de que el Presidente de la República Argentina, General Perón había aceptado la invitación que le formulara nuestro Gobierno para que visitara Chile en el presente mes de Febrero, fué otra de las que causaron expectación en los últimos días.

Esta visita forma parte de la acción del actual Gobierno encaminada a estrechar vínculos con los países latinoamericanos, particularmente con los vecinos. Tal política no puede merecer sino elogios, ya que nadie puede desconocer la importancia que tiene para el futuro de esta parte de América un estrecho entendimiento entre las naciones que la forman. No es del caso anticiparnos a los acontecimientos formulando observaciones a la política gubernativa en esta materia. Esperamos para ello conocer las materias que tratarán los dos Presidentes en su reunión y los acuerdos a que lleguen, puesto que cabe suponer que no se trata de una visita de mera cortesía y que ella tendrá por objeto considerar y resolver los problemas comunes.

LAS ELECCIONES Y LA CRISIS POLITICA CHILENA



Desde hace largos años es lugar cacia, etc. a los políticos y partidos, corrupción, irresponsabilidad, ineficacia en nuestro país... y en muchos otros, afirmar que la política y los políticos constituyen el foco de la corrupción y la causa de cuantos males nos aquejan. ¡Si se pudiera acabar con la política... si se eliminara a los políticos... si se suprimieran los partidos!... son cantinelas de rigor cuando se plantean soluciones para los problemas, de cualquier orden que éstos sean.

La fácil imputación de venalidad, —que probablemente se hace desde que existen países políticamente organizados, vale decir pueblos civilizados—, encontró mayor eco y acogida en Chile bajo el Gobierno de don Gabriel González Videla y llegó a convertirse en verdad inamovible para buena parte de la ciudadanía.

La inoperancia de la administración del señor González Videla, que evidentemente no estuvo a la altura de los problemas que debían afrontar, junto al terrible espíritu crítico característico de los chilenos, fué causa de que el desprestigio de cuantos actuaban en la vida pública alcanzara una magnitud nunca vista en nuestro país. Y ello fué lo que hizo nacer y desarrollarse el vasto movimiento que, fundado en el descontento y en el deseo de una reacción contra el anterior estado de cosas, llevó al triunfo del General Ibáñez en los comicios del 4 de Septiembre.

Ese día los políticos y los partidos que directa o indirectamente habían participado en el Gobierno, es decir casi todos ellos, sufrieron una aplastante derrota que significó su, al parecer, definitivo desplazamiento del poder.

Aquéllos han sido barridos del Gobierno y reemplazados por hombres y colectividades nuevas, la mayor parte de éstas nacidas después del triunfo. Sin embargo, han transcurrido apenas poco más de tres meses desde que asumieran el poder y ya empiezan a desvanecerse las esperanzas e ilusiones simplistas concebidas durante la campaña electoral.

La corrupción, la venalidad, la incapacidad y la anarquía que caracterizaban, según se sostenía, a los partidos derrotados, las han exhibido también los grupos que hoy gobiernan el país y respecto de muchos de ellos, puede afirmarse que en escala no igualada en el pasado.

Y la verdad es que no podía haber sido de otro

modo. La desintegración moral de que hablara hace algunos años un Presidente de la República, no tenía ni podía tener únicamente expresión en la política. En ésta es probablemente más visible y aparente, pero de ninguna manera está circunscrita solamente a ella. La crisis chilena alcanza a diversos y más amplios sectores del país, como permite apreciarlo la sola observación de lo que ocurre en actividades de hombres y grupos que nada tienen que ver con la política. Lo que ocurre en ésta es sólo una manifestación más de una crisis y no la causa de ella. Es efecto y no causa, contrariamente a lo que se ha dado en sostener.

De ahí que no haya sido extraño lo ocurrido con la mayor parte de los grupos que forman el heterogéneo conglomerado obañista. Y por curiosa paradoja ha sido dable observar que las fuerzas ibañistas llamadas independientes, que hasta ahora no estaban organizadas políticamente, han sido precisamente las que, al estructurarse en colectividades partidistas, han exhibido en mayor grado los vicios y defectos que atribuían a sus adversarios. En ellas han campeado a sus anchas el personalismo, las ambiciones mezquinas, los apetitos, la anarquía y la indisciplina.

Para los detractores permanentes de los partidos políticos, debe haber constituido una sorpresa desagradable el comprobar que han sido sólo los partidos políticos ibañistas, ya con cierta tradición, como el Agrario-Laborista y el Socialista Popular, los que han mostrado mayor eficacia, seriedad y sentido de responsabilidad en el Gobierno.

La observación de la realidad chilena permite llegar a una conclusión contraria a lo que se ha sostenido reiteradamente en nuestro país. Es preciso fortalecer a los partidos, pues la subsistencia de la democracia requiere de colectividades políticas organizadas, con planteamientos ideológicos coherentes y programas de acción claros y precisos. Ellas son indispensables para organizar un Gobierno estable, capaz de encarar en forma eficaz una acción realizadora.

No negamos que los partidos chilenos han demostrado graves defectos y vicios, pero ello no puede llevar de ninguna manera a propugnar su eliminación o a substituirlos por montoneras sin unidad ideológica, incapaces de formular una verdadera política y faltos de cuadros dirigentes de hombres preparados y con experiencia en el manejo de los negocios públicos.

Nuestro país necesita de una renovación política, pero ella debe lograrse por medio y a través de los partidos políticos. Es preciso que el Gobierno, los partidos y la opinión pública comprendan el pro-

EL SIGNIFICADO DEL REARME ALEMÁN



En un momento dado, en los últimos tres o cuatro meses de 1952, comenzó a manifestarse decididamente y, con fuerza creciente, la oposición a la ratificación del tratado por el cual se crea una Comunidad Defensiva Europea de seis países (Francia, Italia, Alemania y el Benelux). Este pacto fué firmado en París el

8 de Mayo último, después de año y medio de laboriosas negociaciones. Ahora, al cabo de nueve meses de agitados debates y campañas de prensa, las dos naciones claves del sistema, Alemania y Francia, aún no ratifican las firmas de sus ministros de Relaciones Exteriores, puestas en el tratado y sus innumerables protocolos anexos. Acheson desapareció del escenario político internacional sin ver coronada su obra y su sucesor, Foster Dulles se ha visto obligado a una declaración categórica: —“Es indudable que sería necesario volver a estudiar la política exterior de los Estados Unidos” en caso de fracasar la creación del ejército europeo. “Tengo la impresión de que parte del pueblo francés y parte del pueblo alemán quieren volver a marchar por caminos separados entre sí”. Para estudiar la situación en el terreno mismo, el nuevo Secretario de Estado y el sucesor de Averell Harriman en la dirección de la Agencia de Seguridad Mutua, hacen, como se había

anunciado, una gira por los seis países firmantes del tratado. Por de pronto, la reacción en Europa ante las palabras de Dulles ha sido de caras agrías y molestas.

La verdad es que la impresión de Dulles es exacta sólo en un sentido: en el de que existe oposición a la formación del ejército europeo, pero dicha oposición no significa por necesidad el deseo de cada pueblo de marchar separado de los demás. Muchos europeos, franceses y alemanes en especial, son contrarios a la ratificación del tratado precisamente porque ven en él un instrumento de división en Europa y la vuelta a las antiguas y desastrosas luchas por el predominio en el continente.

No pocos alemanes, particularmente, miran con verdadera angustia el rearme de su nación. Son ellos los que antes que los demás, si no en forma más directa, han experimentado los efectos del instinto militarista apenas adormecido ahora en el pueblo alemán, y los que más desean encauzar el destino de su patria por un camino quizá más difícil y arriesgado, pero el único que puede salvar a Europa y la democracia alemana. Un gran escritor católico alemán, Reinhold Schneider, hace poco escribía: “Está en la naturaleza misma del servicio armado, sobre todo en Alemania tender a la totalidad. Los límites que ahora se le fijan tienen muy pocas probabilidades de durar. Es harto probable que, de etapa en etapa, las exigencias se hagan más netas e imperiosas. Nada costará encontrarles justificaciones de orden militar y político. Eso responde a la ley misma de to-

blema en sus verdaderos alcances y proyecciones y que se logre una rectificación de rumbos que signifique depurar la vida política chilena de sus actuales vicios y que conduzca a una superación de la crisis general que afecta a nuestra nacionalidad. Esta no es tan grave ni tan profunda como sostienen muchos pesimistas. La inmensa mayoría de nuestro pueblo la desea con vehemencia y respaldará con entusiasmo una acción verdaderamente encaminada a tal objetivo. El país quiere antes que nada una superación de la mezquindad y las ambiciones personalistas o partidistas por medio de una política de tipo nacional, seria y eficaz, destinada a salvar la crisis actual.

La proximidad de las elecciones generales de par-

lamentarios hace que revistan particular importancia estas consideraciones. Si se quiere resguardar el futuro de nuestra democracia es preciso que los próximos comicios sirvan para dar nueva fuerza y vida a los partidos políticos chilenos. Estos deben representar criterios y corrientes de opinión y no meros personalismos o mezquinos intereses. El electorado debe elegir entre partidos y monotonía, entre la organización y la anarquía, entre hombres al servicio de ideas y hombres al servicio de intereses o pasiones.

Tal es la encrucijada que afronta nuestro pueblo y es de esperar que sabrá elegir con acierto su camino.

do armamento técnico, y también a la ley de una época que cree no poder responder al totalitarismo sino con el totalitarismo. Nos encontramos a la puerta del cuartel y si nuestro pueblo se decide a entrar debe hacerlo sin ilusiones"... "Ante todo, somos libres y, en segundo lugar, esclavos. Esta verdad se impone hoy a cada uno de nosotros con una fuerza particularmente imperativa. Si aprobamos la ley de rearme, seremos enrolados y absurdo sería que nos quejásemos. No se ha probado hasta hoy que el hombre pueda realmente gobernar la fuerza inherente a una organización militar provista de la técnica moderna"... "¿Deberíamos renunciar a la libertad por la libertad misma?".

Se perdonará la extensión de la cita en gracia a la claridad con que un alemán, de gran autoridad moral, plantea el problema ante el cual se encuentra la conciencia de su pueblo. Sería un error creer que todos los que se oponen al rearme alemán lo hacen por un estrecho espíritu nacionalista de predominio o afán de mantener a Alemania en inferioridad. El más mínimo sentido de la realidad hace ver que es imposible mantener subyugado a uno de los pueblos más tenaces, disciplinados y trabajadores del continente europeo. Hay en política leyes de gravitación que operan casi con la misma fatalidad que en el orden físico. Se trata sólo de encauzar el mundo hacia la paz disminuyendo las causas de la tensión actual y de guerra en el futuro inmediato. Nadie podrá olvidar que a comienzos de 1951 el canciller Adenauer declaró solemnemente a su pueblo que la integración en el ejército europeo era el medio más seguro de recuperar la unidad y las provincias perdidas del Este. Hay otros que creen que ese camino conduce directamente a la guerra y que, en cambio, la negociación con Rusia, en este momento, podría hacer innecesario el peligro del rearme. Y en este momento ese peligro existe. La opinión norteamericana ha demostrado cierta alarma ante el hecho de que una encuesta haya revelado que ahora más de la mitad de los alemanes creen que en el nazismo más de la mitad de las cosas eran buenas. El renacimiento y florecimiento de las ligas y agrupaciones de ex-soldados y ex-oficiales es un fenómeno impresionante, y sus jefes alzan de nuevo las duras voces acostumbradas a mandar. Los von Manteuffel y von Mannstein pasan de nuevo por héroes populares y entre el millón y medio de cesantes que pululan actualmente en Alemania hay millares de oficiales y suboficiales que sólo esperan una voz de orden para reintegrar los antiguos cuadros. Ya existe en la persona de Theodor Blank, nombrado "Delegado del Canciller Federal para las cuestiones relacionadas con el aumento de las tropas aliadas", un eufemístico Ministro de Defensa

Nacional in partibus cuyos asesores técnicos ya saben que necesitarían y tendrían, sólo al primer envío, 40 generales, 250 coroneles, 900 tenientes coroneles, 2.000 comandantes, 6.300 capitanes y 12.300 tenientes para formar los cuadros superiores de la nueva Wehrmacht. Dentro del proyecto de presupuestos para 1953-54, presentado al Bundestag el 28 de Enero, el gobierno de Adenauer propone destinar al futuro ejército la suma de 9.910 millones de marcos, o sea unos 2.311 millones de dólares, es decir el 37% del presupuesto total de la nación, cuando a los servicios sociales, con millón y medio de cesantes y con unos 200.000 refugiados nuevos previstos para este año, se destina sólo el 25% del presupuesto.

Es cierto que la recuperación industrial y comercial de Alemania ha sido extraordinaria y que hoy por hoy es acreedora a la Unión Europea de Pagos por una suma apenas inferior a la que, Francia, por ejemplo, está debiendo. Sin embargo, la ayuda norteamericana sigue siendo preciosa para los alemanes aunque les resulte ya menos necesaria que a los franceses. Con todo, se ha anunciado recientemente que la asistencia prestada a través de la *Mutual Security Agency* será suspendida en Junio próximo. De aquí a entonces deberá estar ratificado ya por el Parlamento alemán el tratado de la Comunidad Defensiva Europea y en ese caso, los dólares volverían a fluir hacia Alemania para ayudarle a soportar el peso del rearme y, sobre todo, para convertir a la Wehrmacht, integrada o no en un sistema europeo, en la pieza maestra de las fuerzas armadas anti-soviéticas en Europa. Eso significa el predominio militar alemán en Europa a corto plazo.

GUERRA PREVENTIVA, NO. *ROLL BACK SI*

Contra el rearme alemán, pues, se han concitado las más dispares oposiciones, unidas por su misma disparidad sólo transitoriamente. Los comunistas como es natural, se oponen en cuanto ven en él una amenaza contra Rusia y un aumento de las posibilidades de guerra, en circunstancias de que, verosimilmente, la guerra *ahora* no entra en los planes comunistas. Los nacionalistas franceses, como la gran mayoría de sus compatriotas, no sólo desconfían de Alemania, sino también de una organización que haría perder a Francia el control soberano de sus fuerzas armadas, cuando el país debe disponer de ellas con plena autonomía para cubrir las necesidades militares de la Unión Francesa, fuera de Europa.

Se oponen, por último, al rearme alemán quienes, como ya decíamos, se inquietan ante todo y desinteresadamente por el mantenimiento de la paz en los años del futuro más o menos próximo y que

parten del supuesto de que la URSS no atacará por el momento. Por otra parte, los mismos creen que cuando llegue para los rusos el momento favorable para pasar a la ofensiva, considerando el desarrollo de su propio potencial, las condiciones europeas habrán mejorado lo suficiente como para que ese ataque no pueda ni siquiera encararse por el Kremlin, tanto por la imposibilidad en que se vería de triunfar como por el desaparecimiento del conjunto de circunstancias de todo orden que condicionan la "guerra fría" y forman la etapa previa al desencadenamiento de todo conflicto armado.

En esta forma, y como es notorio, es el gobierno de Washington el que con más decisión impulsa el rearme de Alemania. Después que el general Eisenhower declaró que Francia estaba podrida y desmoralizada porque más de la mitad de su población era atea, (lo que minuciosas estadísticas han probado que es falso) el Presidente Eisenhower no podrá confiar principalmente en su antiguo aliado para la defensa del continente europeo. El apoyo necesario deberá buscarlo el Pentágono en el ejército alemán, con plena conciencia de los peligros que ello entraña: primero, que una Alemania Occidental militarmente poderosa tenderá a la unificación y a la reconquista de las provincias perdidas al Este del Oder-Neisse, aún corriendo el riesgo de una guerra; y, segundo, que tarde o temprano, Alemania, con su industria y su potencial técnico y militar podrá prescindir del acuerdo con los Estados Unidos para desarrollar su propia política, que bien pudiera coincidir, por lo menos en un momento dado, con la de Moscú. Pero el desarrollo de cualquier política comporta una proporción más o menos grande de riesgos previstos e imprevisibles, y el Departamento de Estado está corriendo los suyos en la de contener a Rusia y hacerla retroceder paulatinamente a sus antiguas fronteras.

En las declaraciones del 27 de Enero en Washington, por las cuales anunció las líneas generales de su acción, el Secretario de Estado Foster Dulles expresó terminantemente que (su país) "no elegirá la guerra como instrumento de nuestra política". "Algunas personas, en diversos sectores, han sugerido privadamente que es inevitable una guerra con Rusia y que es preferible tenerla pronto y no más tarde, ya que afirman que el tiempo nos perjudica. El Presidente Eisenhower se opone vigorosamente a tal política y, por supuesto, también nos oponemos a ella yo y todos mis colaboradores del Departamento de Estado y el Servicio Exterior".

Pero si la guerra preventiva ha sido categóricamente eliminada de la política exterior norteamericana, a pesar de la ventaja que, por el momento al

menos, parece darle a Washington su superioridad atómica —posiblemente disponga de la bomba de hidrógeno— no se ha eliminado el desarrollo de la que podría llamarse una "política agresiva de contención". A este respecto el desacuerdo que se ha hecho público entre Kennan y Foster Dulles es muy revelador. El ex embajador norteamericano en Moscú ha manifestado abiertamente su oposición a las medidas planeadas por el Departamento de Estado para provocar y fomentar activamente toda forma de disgregación interna del bloque soviético, por estimar que esa política no está de acuerdo con los principios reconocidos por su país. Pero ella es la que tanto Eisenhower en su campaña electoral como Foster Dulles desde hace mucho tiempo vienen preconizando con el objeto de forzar a Rusia a un retroceso diplomático que llegue hasta un abandono progresivo de los países que actualmente forman el *glacis* soviético. Ahora bien, es evidente que semejante camino va a llegar a bordear casi constantemente el abismo de la guerra abierta si es que no lleva derecho a ella.

BASES PARA NEGOCIAR CON RUSIA



Tal como las cosas están ya dadas es prácticamente imposible que pueda remontarse el curso de los acontecimientos. El nuevo jefe del gobierno francés, M. Meyer, elegido con el apoyo de los degaullistas, contrarios al Ejército Europeo, ha declarado que tratará de obtener la ratificación del tratado, aclarando sólo algunos aspectos del problema en varios protocolos adicionales. Bélgica, que tampoco ha ratificado el pacto, seguirá las aguas francesas, y en Bonn es presumible que Adenauer, a pesar de la oposición socialista y de algunos grupos políticos cristianos que van desde los católicos del *Zentrum* hasta los protestantes neutralistas de Niemöller, haga que el ejército europeo sea también ratificado. El canciller Adenauer espera visitar a Eisenhower en Washington para la primavera próxima, cuando estén floreciendo los famosos cerezos japoneses, con los proyectos de su flamante Estado Mayor bajo el brazo.

Sin embargo, no pocos dirigentes políticos europeos están dando sus últimas batallas para lograr la apertura de negociaciones efectivas con la URSS sobre el problema alemán. Dichas negociaciones deberían basarse —como toda negociación— en el abandono por cada parte de algunas de sus posiciones iniciales.

El punto de partida occidental para las negocia-

ciones que abrió la nota rusa del 10 de Marzo de 1952 ha demostrado no conducir a ninguna parte. Los Tres Grandes de Occidente exigieron la celebración previa de elecciones generales libres en toda Alemania para la constitución de un gobierno panalemán con el cual se ajustaría el tratado de paz.

Eso significa para los rusos desde la partida la pérdida de toda Alemania, pues los comunistas son, dentro del conjunto, una ínfima minoría. En seguida, con el gobierno así elegido los occidentales podrían tratar con una libertad amplia y llena de peligros para Moscú, por todo lo cual éste no ha aceptado ni aceptará semejante base para negociar. En cambio, una reunión cuatripartita previa podría poner de acuerdo a los participantes sobre ciertas bases para determinar el destino ulterior de una Alemania unificada. Entre estas bases tendría que figurar la existencia de una Alemania neutralizada entre el Este y el Oeste y comprometida a respetar sus fronteras actuales. Ello, por otra parte, significaría sacrificar al Partido Comunista alemán, que ya lo ha sido dos veces en su historia: en 1922 y en 1933, y, para los occidentales, y especialmente para los Estados Unidos, renunciar al empleo de los excelentes soldados alemanes para contener o amenazar a la URSS. Es evidente que Rusia, para evitar este peligro, estaría dispuesta a sacrificar a los comunistas alemanes. Pero ¿estará el gobierno de Washington dispuesto a renunciar al ejército alemán como apoyo frente a los rusos? Es este punto el que hace mirar con pesimismo todo intento que se haga para buscar en los actuales momentos una solución de compromiso, de verdadera convivencia, que despeje el camino de la paz.

LAS CONFERENCIAS DE ARICA



En América Latina se han venido produciendo en las últimas semanas una serie de acontecimientos que han determinado o preparado una desusada actividad diplomática. Hacia el centro norte del continente latinoamericano, se prepara la reunión de una conferencia que agrupará a los países de la Gran Colombia y los que actualmente forman la Organización de Estados Centroamericanos (OECA). En Arica, el 24 de Enero se reunieron los ministros de Relaciones Exteriores de Chile y Bolivia en una serie de conversaciones que duraron dos días. Apenas firmados los acuerdos resultantes de esas conversaciones, se hizo público en Buenos Aires que el Presi-

dente de Argentina, general Perón, había solicitado al Congreso permiso constitucional para ausentarse del país, con el objeto de aceptar la invitación del Presidente Ibáñez para visitar Chile alrededor del 20 de Febrero.

La reunión de los ministros chileno y boliviano tuvo como causa próxima las graves dificultades suscitadas con motivo de la expropiación de las minas de estaño de Bolivia. Dichas dificultades provinieron de los hechos y antecedentes que siguen:

☆ El gobierno boliviano, el 31 de octubre último, expropió por decreto supremo todos los bienes de las tres grandes empresas del estaño: Patiño, Hochschild y Aramayo. En el grupo Hochschild están integradas varias compañías formadas por capitales chilenos.

☆ El gobierno boliviano fijó unilateralmente el precio de las expropiaciones, ajustándose a los valores establecidos para sus diferentes bienes por las mismas compañías en sus libros de contabilidad. Dicho precio aún no ha sido pagado ni se han establecido la forma y demás modalidades del pago (*).

☆ En el momento de producirse la expropiación, las compañías tenían bienes de su propiedad en tránsito por los puertos de Antofagasta y Arica, depositados en almacenes de la Aduana chilena y sujetos al régimen establecido por el Tratado de Paz con Bolivia de 1904 y por el Tratado de Comercio de 1937.

☆ Ante la pretensión del gobierno boliviano de hacer seguir parte de dichas mercaderías —las importadas— a su destino primero, es decir a los establecimientos mineros de las compañías expropiadas en Bolivia, éstas hicieron valer ante la justicia ordinaria chilena, representada en este caso por el correspondiente juzgado de letras de Antofagasta, sus derechos a desviarlas de ese destino primero internándolas en Chile y pagando los correspondientes derechos de aduana, conforme a la facultad que en ese sentido se les concedía por el tratado de 1937. Se fundaban para ello en que el acto soberano del gobierno de Bolivia por el cual se había realizado la expropiación no podía tener efecto sino dentro del territorio boliviano y no podía afectar a bienes existentes en Chile.

☆ Para hacer valer sus derechos, las compañías solicitaron y obtuvieron de la justicia ordinaria de Antofagasta la dictación de medidas precautorias con respecto a los bienes depositados en los almace-

(*) El asunto de la expropiación de las empresas del estaño en Bolivia ha sido tratado con más detención en esta misma sección del N° 81 de "Política y Espíritu".

nies de la aduana, en donde quedaron guardados con oposición de sellos,

☆ Tratándose de mercaderías necesarias al normal desenvolvimiento de las minas nacionalizadas y al bienestar de sus trabajadores, el gobierno boliviano solicitó y obtuvo del gobierno chileno la aplicación de los convenios internacionales vigentes entre ambos países, interpretados en el sentido de que Bolivia tenía la plena soberanía sobre los bienes en tránsito a través de los puertos chilenos, correspondiendo a las autoridades locales un papel simplemente inspectivo para impedir que esas mercaderías entren a Chile sin pagar los derechos correspondientes.

☆ En virtud de tal reconocimiento por parte del gobierno de Chile, la fuerza pública chilena, obedeciendo órdenes del poder ejecutivo, rompió los cierros y sellos puestos por orden de la autoridad judicial y entregó las mercaderías a los representantes del gobierno boliviano. Dada la urgencia con que varias de ellas se necesitaban en Bolivia en donde hay gran escasez, aviones del Lloyd Aéreo Boliviano hicieron más de cien viajes entre Antofagasta y Oruro para transportarlas, sin reparar en el costo del flete. Detalle pintoresco: entre los medicamentos comprados en el exterior por las compañías había plasma sanguíneo que el gobierno boliviano obsequió galantemente al de Chile con motivo de la catástrofe de Valparaíso...

El nudo del problema no ha estado, pues, en dificultades para la aplicación de los convenios internacionales vigentes entre Chile y Bolivia sino en uno de esos conflictos de poderes que suelen plantear imprevisibles situaciones de hecho. Dentro del régimen legal de la república no corresponde, evidentemente, al Poder Ejecutivo resolver qué ley es aplicable a determinados bienes existentes en el país o dictaminar en qué forma debe resolverse una contienda entre partes. Correspondía a los tribunales de justicia competentes calificar la situación jurídica de los bienes objeto del conflicto y fallar en consecuencia, teniendo en consideración que los tratados internacionales en vigencia son ley de la República. La urgencia de la situación planteada en Bolivia y la necesidad de mantener la cordialidad de las relaciones con ese país en un momento que es, sin duda, delicado, forzaron al gobierno chileno a proceder *manu militari*, arrogándose facultades que no le competen. Si desde un punto de vista estrictamente

jurídico, la posición del gobierno es hártamente discutible, no hay duda de que desde un punto de vista político, que era el que correspondía aplicar, su actuación ha estado de acuerdo con el interés nacional y americano. Por su parte, las autoridades judiciales chilenas no hicieron también sino lo que les correspondía, y ha sido un traspicé del canciller boliviano decir que así amparaban a los enemigos de su país.

Los acuerdos firmados en Arica por los ministros de Relaciones Exteriores de Chile y Bolivia no han hecho, pues, más que aclarar las disposiciones sobre libre tránsito de mercaderías establecidas en pactos anteriores. Al mismo tiempo, el gobierno de Chile ha anunciado su intención de cumplir estrictamente las obligaciones que le impuso el Tratado de Paz y Amistad en el sentido de hacer las construcciones e instalaciones portuarias indispensables para el normal desenvolvimiento del comercio de tránsito desde y hacia Bolivia. Ello no sólo contribuirá a mantener en buen pie las relaciones con ese país sino que favorecerá económicamente a los puertos chilenos de tránsito y mejorará la posición diplomática chilena frente a las pretensiones bolivianas de revivir el problema de la salida al mar. El ministro boliviano de RR. EE., señor Guevara ha declarado que si bien la aspiración de su país a tener un puerto propio en el Pacífico se mantiene latente, no desea su gobierno plantearlo por ahora pues hay otros mucho más urgentes que absorben su atención.

Por último, la reunión de los dos ministros en Arica sirvió de ocasión para reafirmar la posición de solidaridad americana de ambos países y plantear en líneas generales sus aspiraciones comunes. La venida del presidente Perón a Chile dará oportunidad a planteamientos más concretos, y, quizás, más comprometedores. No deja de ser un índice del mal estado latente de las relaciones entre Latinoamérica y los Estados Unidos el que toda esta actividad diplomática sea interpretada *prima facie* como hostil al gobierno de Washington. Sería sin duda, un error orientarla en ese sentido, y una iniciativa audaz y leal del Departamento de Estado podría ser incalculable beneficio. No sólo en Europa sino también en América Latina una pesada labor espera a Mr. Foster Dulles, que ha criticado a la administración anterior por el abandono en que dejó este importante sector del frente diplomático de los Estados Unidos.



AGITACION DEL CAMPESINADO EN MOLINA

Un regidor de la Municipalidad de Molina, perteneciente a la Falange Nacional, ha provocado algunas reacciones dignas de ser anotadas, por su intento de aplicar sus ideas sociales en los problemas campesinos.

Los hechos son éstos:

Como se sabe, la situación general de los campesinos no es buena en nuestro país. La región de Molina constituye, en este sentido, un caso más dentro de la regla. Pero, y como es también la costumbre, estas cosas no se arreglan sino un poco por la fuerza. El regidor de que hablamos, Emilio Lorenzini, creyó del caso ayudar a los campesinos a formular peticiones a los dueños de fundos. Durante meses, el pequeño local falangista sirvió para celebrar reuniones en que la gente del campo discutió libremente sus problemas y buscó soluciones. Más de una vez hubo concentraciones a las cuales asistían grandes cantidades de campesinos. El resultado fué satisfactorio para ellos. De veinte fundos afectados, ocho han debido conceder aumentos. Otros doce están en vías de hacerlo también.

Los hechos han traído sus consecuencias. Por de pronto, algunas maniobras de personas interesadas hicieron que Lorenzini fuese llevado a la cárcel por alentar huelgas. Además, la prensa de Molina ha debido tomar actitud ante los acontecimientos. El diario "Lontué" sostiene la labor de los falangistas unidos a los campesinos; el diario "El Día" dirigido por un señor Pérez Vicuña, conservador socialcristiano, en cambio, ha dedicado una buena parte de sus columnas a atacar al regidor ya nombrado. Los calificativos de siempre son usados y aún se ha hecho circular una versión mediante la cual éste sería responsable indirectamente de la muerte de un campesino el cual había sido atacado por romper la huelga. El hecho es falso y el fallecimiento de este hombre no tiene relación con las agitaciones sociales.

En todo este problema, el aspecto más lamentable radica en que demuestra una vez más la incompreensión de muchos sectores. Así es como personas vinculadas a la ideología social cristiana y que aún intentan representarla públicamente, forman cerradamente en el campo contrario al de los campesinos.

Ellos no entienden aún la necesidad de no seguir falsificando las ideas. Entre el interés humano de las masas empobrecidas y el mantenimiento inerte de todo cuanto existe, prefieren ponerse del lado de éste y servir los intereses contrarios a las ideas que dicen profesar.

UNA REACCION TIPICA

La reacción de derecha contra los procedimientos utilizados por los comunistas en Alemania oriental es muy característica. Ella se expresa de un modo muy claro en un breve artículo de "El Diario Ilustrado", del 26 de enero, titulado "Los contemporizadores".

No es que allí se digan falsedades. El articulista tiene razón cuando señala la fatalidad con que los comunistas se vuelven contra sus propios aliados y aún sus compañeros de partido. Hay una lógica de muerte en el corazón de la maquinaria comunista; tarde o temprano, los que empezaron por aceptarla, se ven enfrentados al problema de morir o escapar.

El error del articulista está en la tendencia a generalizar y sacar conclusiones sobre hechos que están fuera del cuadro descrito.

Para él, la cuestión está planteada entre unos que comprenden la necesidad de luchar con los comunistas y están dispuestos a hacerlo en todas partes y otros que son "contemporizadores", que por cobardía o conveniencia se allanan a tolerarlos o secundarlos, que no estiman peligroso favorecerlos "en cierto sentido".

El problema está presentado con simpleza y dogmatismo típicamente derechistas. Dicho esquema resulta tan falso como si todo se redujese a decir: no hay más resistencia contra el comunismo que la muerte de los comunistas. El que dude de esto, favorece su triunfo. Y, en verdad, la esencia del asunto reside en los procedimientos. Nadie dudará; creemos, que jamás se trata de favorecer "en cierto modo" a los comunistas o de suponer que no es peligroso ayudarlos. La lógica misma de los partidos y de las ideas hace que sea absurdo prestar ayuda a ideas o partidos ajenos. Pero, como se ha dicho tantas veces, lo que hay es que si se desea realmente salvar ciertos principios fundamentales, hay que luchar por una serie de objetivos y a veces el comunismo o los comunistas apoyan causas que merecen ser apoyadas. Los derechistas, en tal caso, se atemo-

Los LIBROS



LOS DEMAS, por Luis A. Heiremans. — Ed. Nascimento, Santiago, 1952.

Son nueve cuentos vagamente, deliberadamente alucinantes. Objetos y personas que se dibujan con nitidez por un extremo bajo una especie de luz vertical, que no deja sombras, se disuelven por

el otro en una penumbra nebulosa, misteriosa, en la cual se agitan sueños, sensaciones internas, deseos inexpressados o inconscientes. Veamos, al azar: "Avanzó y su cuerpo se desplazaba a través de las piezas como si lo hiciera en un ambiente submarino. Era un lento vagar entre las cosas, sabiendo a cada minuto que él era otro, muy distinto. Tendría que aprender a conocer todo de nuevo. Por fin se detuvo en el

rizan de inmediato; para ellos, la esencia de la cuestión no está en la cosa misma, sino en la presencia de aquéllos. De allí a tachar de antemano toda empresa política o social en que se encuentren los comunistas, no hay más que un paso. A los redactores de "El Diario Ilustrado" les parecerá siempre que se debe incurrir en cualquier crueldad o injusticia con tal de no coincidir con los comunistas. De otra manera, se cae en aquello de "contemporizar" o "favorecer", y jamás se hacen la elemental reflexión de que pueden estar interpretando mal los hechos. Ni tampoco, por cierto, de que una parte importante de su odio anticomunista suele apoyarse en razones odiosas.

¡NO HAY ESPERANZA!

A veces uno podría creer que los excesos de la política soviética debieran llevar a una especie de repliegue íntimo de los miembros del Partido Comunista y aún al desarrollo de cierto movimiento de reacción. Ultimamente, han ocurrido varios hechos de esta especie. La campaña contra los médicos judíos en Moscú y su consiguiente repercusión en todas partes, son un ejemplo.

El lector habitual piensa: ¿qué dirán sobre esto los comunistas inteligentes? ¿Aceptarán, así no más, las inverosímiles historias que hacen circular los dirigentes de Moscú?

Pues bien, la respuesta viene dada por Volodia Teitelboim, a quien con razón se estima culto, inteligente y razonador, en una entrevista concedida a "Vistazos". El señor Teitelboim recurre a las fórmulas vacías y archirrepetidas. Cree, todo lo que se dice. Para él, no hay persecución judía, sino persecución de agentes del imperialismo.

En Slansky se acusa al traidor, no al judío; en el Cardenal Mindzenty al restaurador del capitalismo, no al católico. La purga soviética de pre-guerra tuvo

por objeto destruir una quinta columna. Los Tribunales comunistas no dictan jamás sentencias injustas, etc.

Pero, ¿piensa realmente Volodia Teitelboim que la sistemática acusación de espionaje, sabotaje, terrorismo, hecha contra los sacerdotes católicos no envuelve una acusación de índole política? ¿Cree con sinceridad que la lucha contra este reaccionario sionismo, de que tanto se habla ahora, puede ser distinguida del antisemitismo? Es evidente que los gobiernos comunistas no han desarrollado una teoría de persecución anticatólica o antijudía. Los Soviets en verdad no ponen nunca nombres comprometedores a sus campañas. Pero, no por ello, los católicos y los judíos que no se someten de manera integral evitarán las medidas de fuerza. Es claro que, en tal caso, ni siquiera Hitler los perseguiría. Si los judíos se van de Alemania o se suicidan, el antisemitismo hitleriano no tendría sentido.

Pero, si de la noche a la mañana, por una sugestiva coincidencia, empiezan a figurar judíos como víctimas en procesos de claro corte propagandístico, y si se lanza una campaña ideológica contra el sionismo, nadie dejará de encontrar razón a los judíos que escapan de los países comunistas.

El dilema lógico para ellos es huir o... confesar. A esto último se aproxima mucho, por desgracia, la declaración de Volodia Teitelboim en "Vistazos". Habrá que esperar que ella no sea seguida de otra en que el conocido dirigente comunista declare: "Durante años, he profesado la abyecta ideología sionista. He sido agente del imperialismo yankee y me he introducido en el Partido para impedir el triunfo de la revolución. Las declaraciones a "Vistazos" formaban parte de mi plan de engaño y doblez. Pido las más graves sanciones en mi contra". No es éste el primer caso. ¿Por qué habíamos de pensar que el autor de "Hijo del Salitre" está libre de caer en ello?



Documentos



LA UNION ADUANERA CON BOLIVIA

En la edición de Enero de 1914 del PACÍFICO MAGAZINE apareció este artículo con la firma de don ALBERTO EDWARDS, fundador y director de esa excelente revista. Casi cuarenta años han transcurrido desde entonces y estas páginas no han perdido un ápice de su actualidad. Hay párrafos enteros que parecen escritos, palabra por palabra, en estos mismos días, y el lector puede comprobar cuánto de cierto hay en las reflexiones del autor acerca de las dificultades en la tarea de la progresiva unificación de América. En las actuales circunstancias, en que estos problemas inquietan de nuevo con más fuerza a pueblos y gobiernos, la lectura de estas líneas escritas hace cuatro décadas puede dar motivo a oportunas reflexiones, aparte del interés que emana de su contenido intrínseco. (N. de la R.)

Comienza a hablarse en Chile de una idea que a muchos parece nueva y a no poco atrevida. No falta tampoco quién no la comprenda.

Esa idea es la de la "Unión Aduanera" con Bolivia, tras la cual los espíritus elevados y previsores divisan el principio de una estrecha vinculación po-

salón. Desde el techo caía una masa blanca, la lámpara envuelta en el lienzo y, al mirar en torno, Bernardo vió que los muebles estaban cubiertos por fundas. Las telas claras arrojadas caprichosamente sobre los sillones y las mesas daban a éstos el aspecto de estructuras amorfas, tal vez blandas. Y al instante comprendió: él había sorprendido esa pieza. Antes que él entrara, algo sucedía ahí dentro..."

En este ambiente de alfombras, lámparamas y gente que tiene dinero para comprarlas, tal curiosa mezcla de luz y nebulosidad resulta un elemento casi necesario de interés: reemplaza el dramatismo del choque con la vida y sus necesidades, substituye las pasiones fuertes y el juego de los caracteres firmes. Los personajes son todos blanduchos, un tanto informes, y no por culpa del autor, precisamente, que analiza con finura sus sensaciones, los mira desde los ángulos, a la vez, yuxtaponiendo a veces con bastante acierto el tiempo exterior y la duración indefinida. Pero todo aquello, a pesar de cuanta habilidad se emplee, no logra a la postre interesar profundamente; entretiene, divierte, intriga a veces, porque el autor tiene evidentes cualidades de escritor, pero...

BARBARA FIDELLE, por José Ricardo Morales.— Ed. Cruz del Sur, Santiago, 1952.

"Es un caso de conciencia llevado a la escena en un retablo de seis cuadros" se lee ya en la portada. ¿Un caso? El de la propia Bárbara Fidele, desde luego, pero junto a ella y en el vórtice de la tragedia que ella desencadena, va quedando cogida mucha gente. El Soldado, hacia el final, manifiesta su temor: —"Sólo temo que dejéis correr libremente a los acontecimientos. En mi existencia guerrera he visto

acontecimientos que luchaban entre sí, odiándose, torturándose, pero los que caían sangrando eran los hombres. Y entonces...". Y San Pablo, en una sentencia que ilumina la intención de la tragedia, había dicho: —"Lo que hago no lo entiendo; ni lo que quiero, hago; antes lo que aborrezco, aquello hago. Porque no hago el bien que quiero; mas el mal que no quiero...".

El tema de esta tragedia —pues se trata de una tragedia, y rigurosamente ceñida a las reglas internas de lo mejor del género— es precisamente eso: el misterio de la distancia que hay entre lo que el hombre quiere y lo que hace y las consecuencias de sus actos; cómo la palabra una vez dicha se alza con vida propia frente a quien la dijo y ya no la reconoce y libra con él una especie de lucha dialéctica, lo obliga a definirse y fuerza y tuerce su destino. Y los hombres tienen que decir palabras y hacer cosas. La vida es eso y el vivir forzosamente ahudado a la red de los destinos y los actos ajenos, y a un misterio providente cuyo secreto se puede penetrar sólo viviendo, es decir arriesgándose.

Es difícil juzgar una obra de teatro por su sola lectura, pues desgraciada y hasta inexplicablemente la obra de Morales no ha sido llevada a las tablas. No sólo toca un entrañable problema humano a través de una acción y personajes que conmueven e interesan sino que está hábilmente construída, con un ritmo *in crescendo* y un lenguaje rico y ceñido a la vez, de gran dignidad dramática. Cabe esperar con curiosidad y hasta con cierta inquietud la reacción del público cuando la excelente obra de Morales sea estrenada.

lítica, y hasta el germen de una nueva era para las repúblicas de la América del Sur.

Nuestro siglo es el siglo de los fuertes: la creciente aspereza de las luchas comerciales, el gigantesco y costoso desarrollo del arte que defiende a los pueblos, y hasta la victoria de la gran industria, exigen organismos nacionales poderosos. En Europa los estados pequeños han debido, por lo regular, ser neutralizados, como se dice en el lenguaje diplomático; es decir, han renunciado a defenderse por sí mismo y viven de la discordia y de las rivalidades de las grandes potencias.

Lejana y utópica nos parece hoy esa "Unión Americana", aquel principio de Confederación Política entre los pueblos de este continente que nuestros padres, más idealistas y generosos que nosotros, soñaron en los tiempos de Pérez, (*) pero acaso el porvenir pertenezca a aquella grandiosa quimera.

No son esas empresas de las que se realizan en un día: ellas son la obra de algunas generaciones y de muchos años; pero no por eso debemos dejar de prepararla.

¿Qué eran la Italia y la Alemania a principios del siglo XIX? Expresiones geográficas, como lo dijo el canciller Metternich, vastas e informes agrupaciones de estados minúsculos, separados por rivalidades lugareñas, por enemigas dinastías y hasta por la religión y las costumbres. Sólo un vínculo unía a esos pueblos desgraciados, que parecían complacerse en su debilidad, en su aislamiento y en sus mutuos odios, y ese vínculo era el de la lengua, testimonio de su origen común y de una misma tradición histórica.

Entre la Prusia protestante y áspera, y la artística y católica Baviera; entre el sobrio Piamonte, la culta Toscana, y el reino semi-morisco de las Dos Sicilias, existían abismos más profundos que los que separan a las repúblicas de este continente del Sur. Sin embargo, los que ayer no más fueron sólo confusas polvaredas de minúsculos principados, son hoy naciones unidas, felices, poderosas.

Ellos tenían sin embargo una ventaja, que a nosotros parece faltarnos: el de la vecindad geográfica. Esos pueblos rivales ocupaban en conjunto un espacio bastante reducido de la tierra; pero el mundo se ha hecho hoy más pequeño y los progresos de las comunicaciones han acortado las distancias de manera que hoy estamos prácticamente tan cerca de Guayaquil y de Quito, por ejemplo, como en el pri-

mer tercio del siglo XIX estaba el habitante de Koenigsberg del de Munich.

Y a la verdad, cada vez que en el extranjero nos encontramos con un latino-americano, sentimos junto a nosotros a un hombre que, salvo las diferencias producidas por el clima, piensa y siente nuestras propias necesidades, y lucha con problemas análogos a los nuestros. Vemos en él una especie de hermano, junto al europeo, refinado por largos siglos de cultura, endurecido en las luchas de una vida más áspera, y frente al americano del Norte, del hombre de otra raza, soberbia y desdenosa.

Los tiempos de la unidad hispano-americana no han llegado todavía. Cualquier intento para lograrla sería hoy seguramente quimérico. El estado de inquietud política de la mayoría de los pueblos del continente, las asperezas producidas por luchas recientes, parecen alejar la realización de tan hermosos ensueños... ¡Hay que prepararla, sin embargo!...

En la historia del mundo podemos aprender que los rivales comerciales han procedido no pocas veces a las uniones política. La Alemania, antes de ser el poderoso imperio que rige hoy Guillermo II, fué el Zollverein. Es que el principio de toda unidad nace de intereses comunes y no contrapuestos.

En general, los países de la América del Sur no tienen encontrados intereses comerciales. Es notorio que entre ellos no se han producido esas agrias luchas de competencia, que son hoy en la Europa, inacabable germen de odios internacionales. Productoras estas repúblicas de frutos naturales y de materias primas, tienen toda su clientela más allá del Atlántico y del mar Caribe. Unos mismos son pues sus necesidades e intereses.

Los Estados Unidos han procurado en algunas ocasiones la formación de una Unión Aduanera de todo el continente. Chile ha resistido siempre este pensamiento. Tenemos razón, porque la industria norteamericana, contando como cuenta con una población apta y con ingentes capitales, aplastaría con su potencia de coloso, el desarrollo industrial de la América Española. La Unión Aduanera con la República del Septentrión, no sería sino el monopolio, pesando sobre nosotros como en otro tiempo pesó el monopolio de España. Sería la reconquista de la América del Sur por el extranjero.

Además, ¿qué germen robusto de vinculación política puede existir entre naciones que todo separa: la lengua, los hábitos, el concepto de la vida, las instituciones políticas, el desarrollo histórico, y hasta la desproporción enorme de las fuerzas recíprocas? No sería aquello la unión de los iguales, sino el sometimiento de los débiles.

(*) El autor se refiere a diversos proyectos de Confederación Americana que surgieron durante la guerra de Chile, Perú y Bolivia con España, en el Pacífico, que tuvo lugar cuando el Presidente don José Joaquín Pérez gobernaba Chile. (N. de la R.).

II

Existen en la América del Sur dos pueblos vecinos que parecen haber sido colocados allí por la naturaleza para mostrar acaso en un día no lejano al resto del continente, los fecundos resultados que pueden esperarse de la unión de estas jóvenes repúblicas, en las ásperas luchas por el progreso.

Nada les separa: todo parece unirlos. Me refiero a Chile y a Bolivia. La idea de la Unión Aduanera entre ambas naciones ha nacido de la conciencia de esa comunidad de intereses, sentida hoy por muchos estadistas de uno y otro país.

Pero, ante todo ¿qué significado económico, político y social, tiene una Unión Aduanera?

Estas vastas aglomeraciones de hombres, que constituyen los Estados, se agrupan y forman un solo cuerpo, por la virtud de una serie de vínculos, que constituyen solidarias del progreso, del bienestar, de la seguridad común a las diferentes partes de un todo en apariencia complejo.

Si no el más alto y generoso, al menos el más fuerte de los elementos que constituyen el sentimiento de la patria, tiene su origen en esa solidaridad de intereses. No pocas veces ella ha bastado para formar grandes naciones, como es el caso de la Austria-Hungría.

Así como la común defensa de las fronteras y del hogar amenazados, une a las naciones en la guerra, los intereses económicos les unen en la paz y les preparan también para batirse en caso necesario por el bien común.

Disipada hoy la quimera del libre-cambio, las aduanas son las verdaderas fronteras de los pueblos. Dentro de esa amurallada fortaleza, los hombres se sienten ligados en la lucha. No es la circunstancia de que sea un mismo Presidente el que nombra a las autoridades en Tarapacá y a las de Valdivia, lo que hace que los habitantes de esas provincias se sientan unidos económicamente, como también lo están por los vínculos de un común patriotismo.

Desembarquemos en Iquique... Delante de nosotros se presenta un panorama de lúgubre y severa grandeza... Cerros elevados, escuetos, en los que no crece una brizna de hierba; paisajes que parecen pertenecer a un planeta distante y melancólico; un sol de fuego quemando las calcinadas arenas; toda la actividad humana empleada en arrancar del árido suelo sustancias extrañas que van a fertilizar tierras lejanas; un mundo aparte, concentrado en sí mismo, áspero y duro.

Allá en las húmedas tierras del Sur, las montañas y las llanuras, empapadas por formidables aguaceros, se visten de espléndido verdor; los árboles crecen apiñados los unos contra los otros, vestidos

de enredaderas lujuriantes, sembradas de flores y de helechos elegantes; se aspira el perfume de la tierra fecunda; los hombres viven de sus cosechas y de sus ganados, bajo un cielo gris que se deshace en lluvias diluvianas... ¡Es otro planeta!... Los productos, las ocupaciones, los accidentes felices o desgraciados del trabajo humano, difieren tan profundamente en una y otra zona, como no difieren acaso los de las comarcas amazónicas de los de las heladas pampas de la Patagonia austral.

Y sin embargo el habitante de Valdivia sabe que no le es indiferente el bienestar de los habitantes de Tarapacá, y esto no sólo por el amor que les tiene como a chilenos, sino porque sabe que sus intereses están poderosamente ligados...

No... No es sólo el sentimiento el que ha creado esos vínculos poderosos. Sin darse acaso cuenta, los chilenos saben que forman parte de una sola entidad económica, y los más instruidos saben también que esa unidad constituida por la línea común de aduana que encierra en un solo todo el árido septentrión que produce el salitre, y el boscoso mediodía, poblado de selvas gigantescas, de trigo y de ganados.

Sin esa línea de aduanas, el bienestar del salitreño sería igualmente interesante al agricultor de Valdivia, como el que ara la tierra en las orillas del Paraná... Económicamente serían dos pueblos distintos; la lucha y la competencia que son hoy, a la par, la vida ardiente de las naciones, podrían entablarse entre ellos; sus intereses dejarían de ser solidarios.

III

Supongamos que nuestro gobierno tuviera la insensatez de dividir el territorio de la República en provincias o pequeñas zonas, rodeadas de respectivos cordones aduaneros. ¿Cuál sería el resultado de semejante medida para la economía nacional?

Aquellas zonas, diferentes entre sí por su clima y los productos de su suelo, se esforzarían por producir aquellos artículos indicados por sus aptitudes naturales. Este sería el territorio de la agricultura, el otro el de los ganados, el de más allá el de las maderas; en casi todos existiría la posibilidad de desarrollar la industria manufacturera, en este o aquel ramo.

Todas o casi todas producirían uno o varios artículos, en exceso, sobre las necesidades de la población y deberían exportarlos. Los ganados de Valdivia, lucharían en Santiago con los ganados de la Argentina, y, en cambio, los vinos del centro, serían batidos en el Norte y en el Sur por la concurrencia francesa.

¿Y qué diremos de la industria? ¿Podría desarrollarse alguna, por favorable que fuesen las condiciones naturales, dentro de mercados tan reducidos? No se olvide que la industria moderna requiere grandes instalaciones y producción en grande escala también, que todos necesitan de una población más o menos considerable que le asegure consumos defendidos por las barreras formidables que la moderna competencia comercial ha levantado en todos los rincones de la tierra.

¿Cabría tamaño absurdo en cabeza humana?

Por eso alguien ha dicho que las grandes naciones han sido en nuestra época la consecuencia de los modernos progresos de la industria. Si estos pueblos jóvenes y débiles luchan trabajosamente con la competencia europea, no es sólo por falta de capitales y de aptitudes. Allí se fabrica barato, porque se fabrica para muchos millones de hombres, y aquí nuestros mercados son reducidos.

Pero acaso la ventaja principal de las grandes agrupaciones nacionales, es que ella por la variedad de sus productos, están en aptitudes de resistir mejor las crisis económicas. Esta es una verdad ampliamente demostrada por la experiencia.

Dentro de un organismo económico nacional, los capitales, las actividades humanas, los productos se desplazan con tal facilidad que apenas se conciben hoy día las crisis locales, esto es que afectan sólo a una pequeña sección de territorios, porque los recursos del país, intactos en las demás secciones, y sobre todo en su cabeza principal, acuden sin inconveniente al punto necesitado.

En el siglo XVII, cuando la Francia estaba dividida por aduanas interiores, sucedía con frecuencia que en una provincia reinaba el hambre y en la vecina la prosperidad y la abundancia. Como se sabe, una de las conquistas de la revolución de 1789 fue la supresión de esas aduanas interiores, y, desde entonces, el fenómeno no ha vuelto a producirse.

Un país grande o pequeño, por rico que sea, está expuesto a las más violentas crisis, cuando toda su actividad y riqueza dependen de una sola industria. El ejemplo del Brasil es muy sugestivo a este respecto. Aquel país produce entre los dos tercios y las tres cuartas partes del café que se cosecha en el mundo, y ha habido casos en que la baja de aquel producto, tan noble como es, ha sumido al Brasil en la más horrible crisis, bajando el cambio hasta cinco peniques.

Por eso los estadistas brasileños predicán y trabajan por lo que allá se llama la pleni-cultura, esto es, por la substitución de un gran número de cultivos diferentes al casi exclusivo del café.

En Chile, el 80% de las exportaciones son pro-

porcionadas por el salitre, y aunque se trata de un producto único, indispensable al mundo y del que nuestro país tiene el monopolio actual, todos recordamos las grandes crisis y sufrimientos que hemos padecido cuando el precio del salitre ha bajado un tanto. La crisis salitrera que se inició en 1894, influyó aún más que la perspectiva de una guerra próxima en las perturbaciones económicas que nos afligieron en aquel tiempo.

Estos peligros y oscilaciones excesivas desaparecen en las grandes entidades, cuyos productos son variados. El ideal de los grandes estadistas contemporáneos ha sido la formación de lo que se llama "pequeños mundos independientes", capaces de bastarse a sí mismos. Tal quiso hacer Chamberlain del Imperio Británico, y esa grande idea llegará tarde o temprano a una realidad.

En muchos menores proporciones, pero dentro de un territorio más compacto y homogéneo, Chile y Bolivia realizan el mismo ideal. Sería un mundo en miniatura, pero fisiológicamente rico, y con la variedad de productos más completa que pueda soñarse.

Echemos una ojeada al mapa, comenzando por el Norte, esto es por Bolivia.

Al oriente de las cordilleras, esa República posee muchos cientos de miles de kilómetros cuadrados de fertilísimos territorios aptos para todos los cultivos de la zona tórrida. Las grandes llanuras aducidas que bañan el Madera, el Mamoré, el Madre de Dios y demás afluentes del Amazonas pueden producir en cantidad fabulosa el cacao, la caña dulce, el canelo, el banano, infinidad de maderas preciosas, etc. etc.

Los contrafuertes de la cordillera son en esa zona maravillosamente adecuados para el cultivo de un café de superior calidad. El "Yungas" goza de fama mundial, y si su cultivo no es desarrollado en más vasta escala, ello se debe exclusivamente a las dificultades de comunicaciones, que los ferrocarriles han de vencer tarde o temprano.

Más al sur y siempre al oriente de las Cordilleras, los territorios del Chaco Boliviano, menos lluviosos y cálidos que la región amazónica, presentan un aspecto diverso. Los bosques alternan con las praderas. Aquel sería el país ganadero de la gran entidad económica que estamos estudiando y, además, la tierra del algodón, del maíz y otros productos análogos.

La meseta boliviana, árida, fría, poco apta para el cultivo, constituye en cambio la más rica región minera del mundo.

Al pie de esa meseta y hacia el litoral del Pacífico, se extienden los grandes depósitos salitreros

que constituyen hoy nuestro principal patrimonio y nuestra fuerza.

Más al Sur, sigue el desierto de Aacama con sus inagotables minas y por último desde el grado 30 de latitud hasta los confines del mundo antártico, un territorio que abraza todos los climas, y cosecha todos los productos de la zona templada. Es como si a lo largo de la faja de tierra que queda entre los Andes y el mar se escalonaran sucesivamente, la Argelia, la Italia, el Occidente de Europa, la húmeda Inglaterra y Escandinavia...

Apenas puede concebirse un conjunto más vasto, más armónico, más completo de riquezas naturales. Dos naciones relativamente débiles, y una de las cuales, por lo menos, levá una vida raquíta y enfermiza, constituirían uniéndose económicamente la más poderosa entidad productora del continente sud-americano, y uno de los patrimonios más envidiables del mundo. ¡Qué independencia del extranjero!...

Hoy somos tributarios de la Argentina por el ganado, del Perú por el azúcar, de los países tropicales por el café, el algodón, el cacao, el arroz y demás frutos de los países del sol. Todo aquello nos sería mañana proporcionado por la industria de la gran entidad económica a que perteneceríamos.

Bolivia importa hoy del extranjero el trigo, el vino y muchos de los productos agrícolas de la zona templada, mañana los tendría dentro de sus fronteras aduaneras.

La industria de ambos pueblos no sólo dispondría de más vastos mercados protegidos por el arancel aduanero, sino que dentro, puede decirse, de su propio territorio, encontraría todas las materias primas de que hubiera menester. Las fábricas transformarían a la vez los algodones del Chaco y las lanas del extremo sur, las preciosas maderas de los trópicos y las de las selvas antárticas, etc. etc.

Me atrevo a afirmar, que sólo los grandes imperios coloniales de Europa, esto es, la Inglaterra y la Francia, y los Estados Unidos, después de la anexión de las Filipinas, Hawai y Puerto Rico, presentan hoy en el mundo, semejante variedad de producciones.

IV

Muchos se preguntan cuál sería la naturaleza de los lazos que deberían unir a Chile y a Bolivia para poder realizar tan brillante perspectiva. Algunos hablan sólo de una Unión Aduanera; no pocos han pronunciado la palabra Confederación.

En realidad, el problema es más de fórmulas que de hechos, porque no se concibe una Unión Aduanera sin ciertos vínculos políticos. No se trataría aquí sólo de lo que se ha llamado "Cordillera libre", sino también de "tarifas" comunes que hagan solidarios los intereses económicos de los pueblos unidos.

El tratado respectivo fijaría, por cierto, las tarifas iniciales, pero éstas no podrían ser eternas porque las necesidades cambian en esta materia de aduanas como en las otras. Sería pues, necesario establecer una autoridad, un Consejo, llámesele como se quiera, encargado de resolver estos problemas en lo futuro, reservándose si, a las altas partes contratantes, el derecho de ratificar por medio de sus respectivos congresos, los acuerdos de la autoridad a que nos hemos referido.

Sería también indispensable que esa autoridad ejerciera un control superior sobre las aduanas de la Unión, para reprimir el fraude y los abusos, para llevar la estadística común, y para repartir las utilidades de la renta aduanera en la forma que hubiera de convenirse.

En materia de relaciones exteriores habríamos de obrar también de consuno, por lo menos en lo que respecta a tratados de comercio, representación consular y otras materias análogas.

Si esto sólo se hiciera, el tiempo se encargaría seguramente de hacer mucho más.

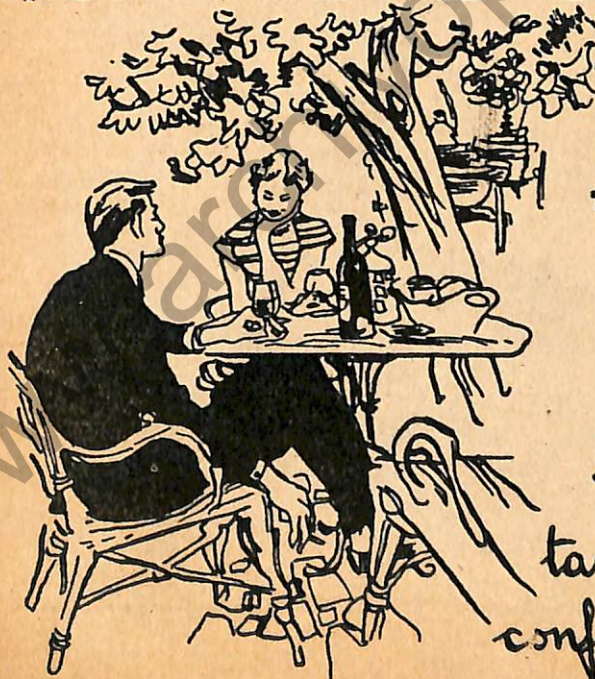
Nada vincula, como los intereses del comercio, a las sociedades. No son los turistas sino los comerciantes, los que preparan las grandes unidades políticas. Abrase la historia y se verá confirmada esta verdad.

Realizada la Unión Aduanera, los pueblos de Chile y Bolivia, comprenderían cada día con mayor claridad, que sus intereses serían comunes, y la solidaridad económica prepararía una mayor solidaridad política como sucedió en Alemania.

La Unión hace la fuerza... Aún podemos ser grandes. ¡Ojalá se realice algún día tan hermoso sueño!

La Editorial Del Pacífico S. A. permanecerá cerrada desde el 11 de Febrero al 1º de Marzo inclusive, por vacaciones del personal.

Por tal motivo, el N° 88 de "POLITICA Y ESPIRITU" no aparecerá el 1º de Marzo sino el 15 de ese mes.



**MOMENTOS
AGRADABLES**

Los tendrá usted,
también, si usa
confecciones Vestex

BAJO LA TIENDA

por *Daniel Riquelme*



De la Guerra del Pacífico no ha surgido testimonio literario de mayor jerarquía que estos relatos. En ellos actúan la masa anónima del "roto" convertido en soldado, los cuadros de oficiales que formaron el nervio del Ejército en la buena y en la mala fortuna, y las grandes figuras de los jefes conductores de la guerra. Sobre ese trasfondo, la prosa ágil de Riquelme, su visión directa de las cosas, —pues fué corresponsal en el teatro de las operaciones— su perspicacia, que caló admirablemente en la psicología del pueblo chileno en guerra, su picardía criolla de buena ley, tejen una sucesión de narraciones de primer orden, que, a través de los años, suscitan una noble emoción patriótica.

\$ 180.—

EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.
Ahumada 57 — Teléfono 89166 — Casilla 3126 — Santiago
DESPACHOS CONTRA-REEMBOLSO DESDE UN LIBRO

EJEMPLAR: \$ 15.00

15 DE FEBRERO 1953

Printed in Chile

Talleres Editorial Del Pacifico S. A.